

Armando Soriano Badani

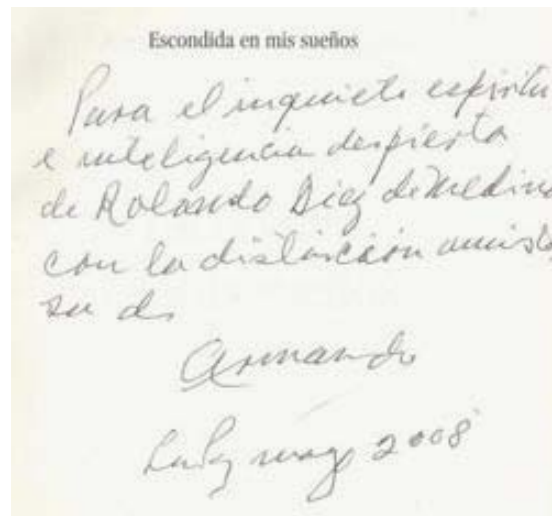
**ESCONDIDA
EN MIS SUEÑOS**

2004

© Rolando Diez de Medina, 2012
La Paz - Bolivia

Para Etna, mi perenne inspiración

Para el talento y solidaridad de
Valentín Abecia Baldivieso
Mariano Baptista Gumucio
Oscar Bonifáz Gutiérrez
Carlos Serrate Reich



I

EL ANOCHECER ESTIVAL favorecía, con su estimulante tibieza, la avidez de beber unas cervezas heladas en un bullicioso bar ubicado en el Prado. Me encontraba reunido con Marcelo y Felipe, compañeros de la Facultad de Filosofía de nuestra indómita Universidad de San Andrés, siempre levantisca y entremetida en cualquier conflicto social.

La tertulia ratificaba la animosa inteligencia de Marcelo, inclinado con pasión irrefrenable a un socialismo militante que, con frecuencia, arriesgaba su libertad a pesar de sus precauciones para simular una conducta ausente de sus activos afanes sediciosos, ejercitados prudentemente en la clandestinidad.

Su disciplinada formación doctrinal en el marxismo le deparaba respetuosa consideración intelectual de Sus correligionarios. Era, en buenas cuentas, un paradigmático líder de cautivante elocuencia, salpicada de algunas invidencias, inventadas en el calor de su oratoria, que pasaban inadvertidas por su auditorio absorto de complacencia. En más de una ocasión su temple aleccionador persuadió a la Universidad en la participación de huelgas de adhesión, es decir de lealtad a ciertos sectores sociales inquietos de lograr sus conquistas, generalmente inalcanzables.

Felipe, por el contrario, era un espíritu reconcentrado y apacible. Su introversión crónica tenía breves pausas de locuacidad ingeniosa, saturada de fino humorismo, que matizaba la conversación dándole un oportuno aire de frivolidad exultante a la frecuente seriedad de nuestras lucubraciones. Yo, en medio, con mi carácter contemplativo y conciliador, me esforzaba siempre por favorecer una armonía intelectual, como certera clave de una dilección amistosa que nos vinculaba con recíproca sinceridad.

Consumíamos la cerveza inicialmente con espontánea moderación, mientras no ejercitáramos algún juego que nos obligara a tomar unos secos con apresuramiento satisfactorio. En verdad, la inventiva lúdica parecía estar inspirada en una subconsciente compulsión de encontrar la chispeadura que nos conducía, eufóricamente, a la conversación libre de miramientos convencionales y plena de amenidad, donde afloraban infaltablemente las confidencias amorosas, revelando las íntimas aflicciones surgidas de nuestras frustraciones o la exultación por las airosas conquistas sentimentales.

II

YO HABÍA CUMPLIDO veintitrés años. Mis mezquinas experiencias sentimentales se reducían a unos fugaces amoríos, donde se imponían los apremios de mi sensualidad por encima de la consumación de los anhelos que se agitan en la intimidad del sentimiento.

Mis crónicas preferencias amorosas no se inclinaban por los arduos requiebros, sino por las fáciles conquistas de efímeras complacencias. Por ello, nunca pensé que una nueva emoción surgiría repentinamente en mi espíritu, acariciando sensaciones extrañas, cuando ví que ingresaba su figura esbelta, con calmado paso rítmico, al edificio de la Universidad. No sabía su nombre, pero su presencia alborotó mi corazón, encabritando mi pulso como signo precursor de un sentimiento que comenzó a turbar mi sosiego y amenazar mi quietud.

Su hermoso rostro estaba iluminado por el profundo azul de sus ojos de marino centelleo, armonizado por la rubia cabellera que caía sobre sus hombros como una cascada radiante. Sus dieciocho años afloraban joviales en el risueño rictus de su boca, donde brillaba el intenso marfil de sus dientes.

Sin preconcebidas ambiciones fútiles ni ásperas avideces, la seguí, alentado por súbito apasionamiento, ausente de alguna precaución que encubriese mi propósito. Entré con ella al

ascensor, donde su aroma floral se percibía gratamente. Consecuente con la osada decisión pude contemplarla con cierto cínico atrevimiento, encandilado por la luz de sus ojos que rehuían discretamente la tenacidad de mi mirada implorante de su atención y reveladora de una intensa inquietud sentimental. Pensamientos, exuberantes de ilusiones, vagaban, estimulados por la dulzura de su rostro apacible, al encuentro de un sentimiento desposeído de voluptuosidad. Contradictoriamente, su figura alta y flexible inducía los sueños a la búsqueda de la tibieza de su intimidad en el ansiado milagro de un amor que comprometiese desde la epidermis hasta la profundidad del alma.

El goce de entrañables ensoñaciones quedó interrumpido cuando se dispuso a salir del ascensor en el piso donde funcionaba la Facultad de Derecho. Tras la agonía de mis desvaríos la seguí con el ánimo de acercarme, pero ella, con un apresuramiento aparentemente deliberado, ingresó a una de las aulas. Ansias palpitantes de una emoción inefable no se resignaban a la frustración imprevista y decidí esperar a que saliese. Advertí que eran las cuatro de la tarde. Desconocía el horario de sus clases pero tenía la certidumbre de que estudiaba en la Facultad de Derecho. Consideré como certera estrategia para volver a verla que era mejor esperarla, a esa misma hora, al día siguiente.

Ya sabemos que las agitaciones del ánimo suelen ser más fuertes cuando alcanzan la proximidad de alguien que es motivo de su interés. Con su ausencia inesperada tornó la calma espiritual, disolviéndose mis delirantes sueños voluptuosos e imponiéndose una emoción de placentera ternura. Era una sensación renovada en mi vida, asediada de experiencias mundanas donde el volcán de sensualidad dominaba la ocasional inquietud de mis sentimientos.

Ahora presentía la dulzura de una verdadera invasión espiritual sobre las instintivas flaquezas del deseo. Mi voluntad parecía guiada por el misterioso signo de este amor indescifrable, nacido súbitamente al contacto de la contemplación de su figura, cautivante de los anhelos latentes en mi interioridad.

III

COMO ERA HABITUAL, nos reuníamos, a la expiración de cada atardecer, en la terraza de nuestro bar predilecto hasta cuando las sombras de la noche, con la insinuación de sus gélidos cuchillos, nos obligaban a entrar en el bullicio del interior.

En la claridad del cielo invernal paceño se asomaba la acuarela vespéral del crepúsculo con la sugestión de sus intensos colores que fingían abstractas figuraciones de una fascinante pintura celestial.

En las largas horas de nuestra animada conversación surgían, a menudo, reminiscentes episodios de la agitada vida política sectaria de Marcelo, en cuya voz, vibrante y emocionada, brotaba el vívido relato.

"Se acordarán", nos decía, "que me apresaron después de la asamblea universitaria que aprobó la huelga de solidaridad con el paro indefinido de los transportistas. No saben ustedes los abusos cometidos por esta canalla de la autocracia militar". Su rostro, como tallado en piedra ligeramente oscura, se teñía con un rubor iracundo generado por sus amargas remembranzas, mientras su voz cobraba un acento tenso de cólerica elocuencia, cuando nos relataba: "Me llevaron a una celda ubicada en el sótano del Ministerio de Gobierno, donde los agentes de turno me golpearon, instándome, con el malsano procedimiento, a que revelase los nombres de la plana mayor del Frente de Vanguardia Nacional que yo lideraba en la clandestinidad. La resistencia tenaz enardecía el furor de los inquisidores que optaron por sentarme en una banqueta con las manos amarradas a la espalda, para favorecer el castigo en la sesión investigadora. La terquedad silenciosa, sostenida por los fuertes lazos de consecuentes principios políticos atados a la fuente de mis convicciones éticas, iba quebrándose íntimamente y en mi garganta seca vacilaban los nombres de mis colegas de actividad. Sin embargo, mi espíritu reaccionaba alentado por las

breves interrupciones de la tunda de golpes. El desdeñoso silencio inquebrantable enfureció a los verdugos, que decidieron aplicarme dosificadas descargas eléctricas. Mi cuerpo se agitaba con un doloroso temblor de eternidad que agotó mi resistencia, induciéndome a inventar nombres para redimirme del castigo intolerable. El engaño apenas sirvió para liberarme pasajeramente de las crueles descargas, en una suerte de pausa del tormento que envolvía mi agonía interminable.

La fragilidad de mi estratagema se fragmentó al poco rato en la suspicacia del jefe de los sayones quien, aunque ordenó la cesación del castigo, dijo con incierta afirmación: "Carajo, creo que nos estás tomando el pelo, porque esos apellidos se parecen a los de algunos de nuestros miembros del ejército". Algún milagro mitigó el exceso de perversidad del jefe, quien, en curioso raptó de piedad, aplazó el escarmiento para el día siguiente, mientras investigaba sobre los nombres mencionados en la aflicción de mi desesperanza...".

Felipe, que oía con reverente atención y conmovido sentimiento, interrumpió el relato propiciando un "salud", como queriendo aflojar la tensión provocada en nosotros, por las pretéritas desdichas de Marcelo. Bebimos al unísono un prolongado sorbo de nuestro "chufly" intensificado por la generosa dosis de algún pisco anónimo alentador de la conversación. "Bebamos", secundé yo, con algún acento divertido, "por la ventura que rasgó la desventura de Marcelo que venturosamente está con nosotros vivo y coleando". El rostro grave de Marcelo insinuó una sonrisa amable que revelaba un contentamiento aventador de los malos recuerdos del pasado. Tras la relación emocionada de nuestro revolucionario, la charla siguió el cauce superficial de cierta frivolidad, donde las palabras divertidas, a veces encubren latentes conflictos inconfesables.

Felipe rompió su crónica timidez acuciado por el solidario "chufly", cuando, sin vestigio de miramientos, nos confesó que estaba enamorado de una colegiala en el umbral de su bachillerato con quien tenía inocentes encuentros furtivos. Según sus inquietas revelaciones, vislumbraba un consentimiento dichoso de apasionadas caricias que, acaso, podían ser el preludio de inminentes goces entrañables.

Quedamos complacidos con la exaltación de sus sentimientos, estimulantes de una delicada sensibilidad crónicamente atormentada por enamoramientos rara vez coronados con el calor de la dulce intimidad.

En verdad, Felipe se enamoraba con sorprendente facilidad y, acaso, esa era la causa también de sus frecuentes frustraciones que dejaban en su espíritu un lastre amargo, afortunadamente pasajero. La cadena de sus emociones sentimentales, se quebraba en el eslabón de sus requerimientos salaces desproporcionados y solicitudes apresuradas, dejándole siempre una sensación de resignada conformidad.

Contradictoriamente, su espíritu sensible y delicado favorecía una conducta recatada y prudente en su normal vida de relación, donde afloraba el rasgo distintivo de su irresoluto carácter. Quizá por ello, como una forma de consciente rebeldía de su apacible condición personal, actuaba a menudo con impulsiva irascibilidad, que era tolerada por nosotros comprensivamente.

Yo estaba siempre predispuesto a sortear, con amistosa amabilidad, tanto las frágiles inevidencias como a solidarizarme con las amargas confesiones que salpicaban nuestra entusiasta tertulia.

Me esforzaba por fortalecer una virtud de imparcialidad y ampliar el espectro de una predisposición comprensiva, dispuesta siempre a justificar razonadamente o a perdonar con decorosa generosidad.

Marcelo intervino jactanciosamente ufanándose de algunos amoríos fáciles, deparados por la condescendencia política de muchas de sus adherentes sectarias, que confundían los ideales doctrinales con la militancia del sexo.

Impuse la tendencia pudorosa a eludir los cuentos colorados, razón por la cuál era infrecuente esta suerte de gracejo de taberna en nuestra mesa, donde se conversaba predominantemente sobre música, poesía, arte y literatura, alternando con inevitables trivialidades que animaban de regocijo nuestras reuniones. Tampoco estaban ausentes las cuitas universitarias que nos abrumaban, sobre todo a Felipe y a mí, carentes de recursos y habilidades para rendir exámenes en los cuales teníamos, no pocas veces, frustraciones irremediables. La verdad era que ambos no siempre estudiábamos con celo y oportunidad, mientras que Marcelo era un concienzudo estudioso y afortunado memorioso que se lucía en los exámenes llenando de admirativa perplejidad a examinadores y alumnos, aunque sostenía vanidosamente que apenas había estudiado superficialmente. De cualquier manera, era un espíritu reflexivo, con genuino talento y probada locuacidad convincente. No en vano era un auténtico líder político a la par que conspicuo dirigente universitario.

Sin llegar a desproporcionada avidez bebíamos nuestros piscos y singanis mezclados con ginger ale, lo que nos mantenía eufóricamente chispeados sin llegar al adormecimiento perturbador de la embriaguez.

Embarcados en una vocacional inclinación poética creadora, expresada en publicaciones de prensa, leíamos nuestros poemas sin ninguna pretensión competitiva, pero con fervorosa actitud estimulante a nuestros impulsos inspirativos abarcadores de los deleitosos temas del amor.

Mi temperamento extravertido guardaba, sin embargo, en lo recóndito del delectable secreto, el amor por aquella desconocida que alborotó mis sentidos. Me parecía una frívola confidencia desvelar mis ansiedades amorosas por alguien de quien no sabía nada. Estaba seguro de que promovería una risible reacción de los amigos, así que preferí callar guardando la imprevisible fascinación del secreto en la intimidad de mi corazón anhelante.

IV

AL DIA SIGUIENTE, todavía impregnado de la emoción tatuada en mis ansiedades despiertas por el encanto de la desconocida, recorrí apresuradamente el paseo del Prado para llegar a la Universidad poco antes de las cuatro. Una sutil garúa favorecía la exhalación de un aroma penetrante de pinos. Llegué a la Plaza del Estudiante, sorteando cautelosamente los vehículos, hasta avanzar por la avenida Villazón en cuya jardinera central se levantaban algunos endeble pinos rodeados por pequeños muros de verdes arrayanes.

Llegué puntual al atrio universitario y esperé impaciente en la puerta principal guareciéndome de la llovizna que caía tenuemente. No pasaron muchos minutos cuando la vi a la distancia acercarse presurosa, eludiendo la lluvia que dejaba en la tersa piel de su rostro unas gotitas brillantes que se escurrían lentamente.

El primer impulso que me invadió fue el acercarme, corriendo el riesgo de una presunta desdeñosa elusión de mi presencia. La malhadada intuición deductiva se confirmó cuando ella, columbrando mi propósito, buscó, deliberadamente, la proximidad de una condiscípula con quien se puso a conversar animadamente, aislándose entre un grupo de alumnos apremiados de tomar el ascensor. Un rubor me encendió el rostro, mientras mi corazón palpitaba su amarga frustración, anestesiando las audaces intenciones que se resolvieron en patente sensación de timidez. Estaba persuadido, a pesar de alguna fugaz pesadumbre, de que cualquier otra demostración despectiva no me haría renunciar a este sentimiento avasallador, no obstante los delicados engreimientos por mi propia estimación. Advertía una mezcla de atracción cálida y tierna con una emoción indisimulable, agitada en mi interior. Era una placentera dulzura, fundida en afiebrada sensación obsesiva. Estaba visto que no podría renunciar fácilmente a este amor enraizado prematuramente sin la justificación del regalo de las caricias persuasivas.

Estimulado por extraña rebeldía, renuncié íntimamente a las propias orgullosas estimaciones y decidí, nuevamente, ingresar al ascensor donde se embarcó en medio de un charloteo atropellado con sus condiscípulos, desconocidos para mí. Yo, que en la anterior oportunidad había tenido la ventura de tenerla cerca, halagando mis sentidos embelesados por su presencia cautivante, ahora la tenía en una ubicación distante de la mirada, aunque la sensación de su presencia me provocaba, un emocionado temblor irrefrenable. Llegamos al piso de la Facultad de Derecho y, atropelladamente, salimos del ascensor. Ella, visiblemente advertida de mi seguimiento, se apresuró para ingresar a la clase, mientras que una de sus compañeras, al advertir su adelantamiento inopinado, le gritó: "espera Camila". El descubrir su nombre fue vislumbrar el derrotero de mis sueños, colmados de ansiedades purificadas por una tierna dulzura. La sonoridad de su hermoso nombre permaneció en mis oídos con el timbre de una melodía apasionante que me hizo palpitar el corazón con acelerado ritmo de contentamiento y fogosa excitación.

Apaciguado mi ánimo tempestuoso, pensé esperarla concluida su clase, pero la certitud de que saldría acompañada, acentuó cierta irresolución timorata aunque sin provocarme un renunciamiento conformista. Agitado de impaciencia me acordé de que el Secretario de la Facultad de Derecho era amigo mío y decidí, sin vacilar, buscarlo con la intención de investigar el apellido de Camila y la dirección de su domicilio que figurarían, sin duda, en el registro oficial.

Afortunadamente encontré a mi amigo, y le rogué que me permitiera ver la lista del primer curso. Era una cuarentena de nombres y allí encontré una Camila. No podía ser sino ella, la Camila de mis sueños, Camila Marinetti como rezaba completamente su nombre añadido de su dirección, Av. Arce No. Deduje que su casa estaría próxima al Monoblock de la Universidad.

Caviloso, con un repentino aire de optimismo estimulante, desistí de esperarla y proyecté espiar cautelosamente su casa en las presuntas horas de su retorno. Un acercamiento en esas circunstancias, me ahorraría el rubor de alguna nueva frustración.

Salí de la universidad con la frívola intención de identificar su casa. Anduve la primera cuadra de la avenida Arce y allí encontré la casa No. 21. Era una mansión blanca de apariencia señorial en su estilo neoclásico de moderada ornamentación arquitectónica. Cuatro columnas dóricas en el amplio portón armonizaban con espaciosos ventanales de cuadrículada vidriería. Curiosamente, el solo admirar su casa protegida de una verja colmada de fragantes rosales, me produjo una grata sensación voluptuosa en insólita complacencia de singular fetichismo.

Desandé el camino por la avenida Arce, amplia y coqueta con sus casas residenciales de conservadora elegancia. Caminaba lerdamente, acariciando íntimamente el secreto del inmenso amor que me impulsaría a acercarme a ella con toda la audacia cortés que pudiese abatir su engréida arrogancia para lograr que, lenta e inadvertidamente, se adhiriese al fervor de mi espiritual ambición amorosa. Imaginé que el advenimiento de toda realidad está precedido por la vehemencia que uno pone en sus sueños y ansiedades. Persuadido de este antojadizo argumento, se aventaron mis aprensiones sombrías iluminándose mi ánimo de afortunados augurios.

Llegué a la esquina de la universidad y tomé presuroso el desolado camino de la Avenida del Ejército que me llevaría a Miraflores donde tenía mi residencia.

Desordenadas cavilaciones nocturnas me evadieron del sueño. Acudí a uno de mis autores favoritos y traté de concluir "La Montaña Mágica" de Thomas Mann. Ese libro, mundo de sugerencias en el maravilloso tejido de conflictos de una trama abarcadora de profundas e ilustrativas disquisiciones que descubren la intimidad del alma humana. Los diversos personajes, animados por el protagónico Hans Castorp en el Sanatorio de Davos, nos descubren, con la agudeza de sus diálogos, temas sobre diversas expresiones del pensamiento, de la cultura y de la vida. Había algunas páginas que debía releer, porque mi lectura corría maquinalmente, mientras mi pensamiento estaba distante del libro, junto a los obsesivos ensueños que recomponían la imagen de Camila con el esplendor de su sonrisa melancólica, como fingiendo una ambición amable frustrada por mi ausencia. Estas ensoñaciones no sólo evocaban su figura amada y distante, sino

que la fuerza de mis anhelos, poseídos de alucinantes instancias, forjaban representaciones fantasiosas donde percibía sus palabras endulzadas de afecto, consintiendo la ternura de mi amor obstinado.

En el convencimiento de que agudas angustias, mezcladas de imaginarias complacencias, impondrían la permanencia del insomnio, indómito a reiteradas tentativas de conciliar el sueño, resolví ingerir un somnífero que me permitiera dormir, anestesiando la inquietud de mis cavilaciones delirantes.

No obstante, me desperté después de unas pocas horas de un sueño liviano, casi un estado crepuscular en el que la consciencia vigilante, asediada por la inquietud de mis pensamientos, no se aletargaba plenamente.

Un sol esplendoroso saludó la mañana con su claror triunfante que entibiaba el ambiente. Me vestí con pausa después de una ducha refrescante, alentadora de lucubraciones, pues la ducha, con su incesante chorro tibio, incita a forzada meditación reflexiva donde afloran proyectos y soluciones inesperadas.

A las ocho tenía una clase de metafísica y a las nueve y media debía estar en el trabajo, generosa canonjía en la administración pública, concedida por un ministro amigo. Ganaba bien y trabajaba poco, lo suficiente que me permitiera asistir a la universidad, donde tenía un horario recargado pero bien distribuido como para entregarle al empleo las horas suficientes, dentro de un horario privilegiado para estudiantes.

Trabajaba en el centro de la ciudad y debía, inevitablemente, pasar por la Avenida Camacho. Allí estaba ubicado el Mercado, cuyo exterior invadido de vendedoras de frutas, era un regalo policromático a la vista. La exhalación del aroma frutal incitaba el pregusto deleitoso del paladar, siguiendo los reflejos condicionados de Pavlov.

En aquella avenida, como fascinante telón de fondo, está la suprema montaña del Illimani, como una catedral albina, como un gigante cóndor en vuelo sideral, montaña tricéfala en su albura. En el crepúsculo, se incendia con los celajes de una hoguera celestial y en la madrugada, con las brumas que cubren su azulada falda, es el magistral diseño, hecho con el pincel divino, de un gigantesco bajel navegando en un mar de ensueño.

Es curioso cómo la mayoría de la gente mira rutinariamente, sin mayor asombro, esta montaña, mientras unos pocos quedan conmovidos con la sosegada contemplación que tiene el prodigio estético de elevar el ánimo a niveles de sublime espiritualidad.

Un par de cuadras de la avenida Camacho y ya me encontraba en El Prado, paseo inexcusable dominical y habitual camino mío hacia la universidad. En el trayecto me detuve en la circular Plaza del Estudiante, anteriormente denominada Plaza Franz Tamayo en homenaje al enorme poeta modernista, nombre que fue cambiado en una explosiva manifestación universitaria, dentro del clásico estilo insensato de execrar las figuras abatidas por el encono político. Tras este recuerdo, surgido por asociación, llegué al atrio universitario donde se yergue una torre de algo más de doce pisos, conocida familiarmente como el monoblock. Ingresé hasta el piso undécimo en el que funcionaba la Facultad de Filosofía y Letras.

Terminada la clase de griego, a las trece horas, salí con agitada prisa rumbo a la avenida Arce. Me detuve cerca de la puerta de la casa de Camila, quien al poco tiempo llegó acompañada de una pareja de condiscípulos.

Con la ingenuidad dictada por la pureza de mi amor, pensé en acercarme cuando advino la venturosa circunstancia de la despedida de sus compañeros de estudio.

Tenía la certidumbre de que advirtió mi presencia. Quizá recordó la tenacidad desembozada de mi mirada en el ascensor, traduciendo la suplicante demanda del fulgor de sus ojos azules como mar donde se hundía mi tranquilidad.

En el trance de acercarme, la dulzura de sus ojos se transformó en una agresiva mirada desdeñosa que paralizó mi voluntad, dejándome como clavado en el piso. Dándole a su cuerpo un movimiento despectivo, me dio la espalda con áspera infidelidad a los sentimientos que me consumían.

Cuando cerró la puerta de su casa, como clausurando cualquier posibilidad de aproximación, sentí alborotado el pecho con signos de vergonzosa sumisión, mientras una lúcida altivez favorecía mi mudo resentimiento.

Es sabido que los superficiales rencores en el amor se disuelven con facilidad. Así, a poco de este incidente, ya me encontraba deprimido por su ausencia, extrañando ver su cuerpo flexible y sus ojos profundos enmarcados por las simétricas guedejas rubias y relucientes.

Inclinado a soslayar las asperezas sufridas por la deslealtad de Camila a los amorosos sentimientos, obviamente perceptibles, encontré justificaciones que me empecinaban en la búsqueda de su imagen clavada en mi cerebro y consentida en mi corazón.

Imaginaba que era lógico su comportamiento, compatible con la delicadeza pudorosa de su espíritu sensible, alejado de experiencias mundanas. Su elusiva actitud, sin duda, la prevenía prudentemente de inciertos desatinos o temores a impertinentes sentimientos que pudiesen alterar el sosiego de su vida, ausente de tentaciones arriesgadas.

Abrumado por las indeclinables aflicciones, concebí la idea de aproximarme a ella epistolarmente. El dolor por su ausencia se impregnaría en algunas cartas que certeramente llegarían a sus manos, ahora que conocía su dirección y no habría riesgo postal de pérdida o retraso.

Sentíame iluminado de optimismo con el hallazgo de un medio que podía ser la clave de redención de las tribulaciones sentimentales, pues guardaba la esperanza o casi certidumbre de que la pertinacia de mis palabras, traductoras genuinas de una conmovida realidad, ablandarían su corazón abriendo las puertas de sus virtuosos sentimientos.

Tenía en mi oficina una máquina de escribir flamante porque su uso era poco frecuente. Apenas un par de oficios diarios y algunos ocasionales memorandos justificaban mi cuasi parasitaria condición de empleado. Seguramente no era el único empleado público que tenía el privilegio prebendal de holgar durante las horas de intenso trabajo. De este modo, sacrificaba el descanso administrativo escribiendo artículos de prensa, ensayos literarios y poemas.

Los sentimientos por Camila, que afligían mi espíritu, eran frescas sensaciones insufladas de ternura, ocasionalmente encendidas por tentaciones voluptuosas que trataba conscientemente de eximir por juzgarlas ofensivas a su virginal imagen.

Los narradores y poetas tienen la venturosa posibilidad de escribir, aunque sus palabras pudieran no ser leales a su pensamiento. Yo, en fugaz análisis introspectivo, sentía la necesidad de escribirle a Camila con la convicción de que las palabras perdidas en el laberinto de mis emociones, interpretarían fielmente los anhelantes sentimientos, en la búsqueda de su generosa capitulación.

Decidí escribir, con las dificultades que cierta ineptitud dactilográfica me imponía. Vacilé con temblorosa impaciencia, aprensivo de que las palabras traicionasen la exacta dimensión de mis ensueños. Sin embargo, decidí comenzar abreviando la invasión de sombríos presagios:

Amada Camila:

Cautivo por la gallardía de tu cuerpo esbelto, divinizado en el fulgor de tus ojos de mar, donde se hundan mis ansiedades purificadas por las transparentes virtudes de tu espíritu, llevo a ti con el jubiloso anhelo de descubrir tus escondidas inquietudes.

Tu indiferencia pudorosa acrecienta, aun más, la vehemencia de mis anhelos de aproximación, que no se marchitan en el desconsuelo de tu distancia infranqueable.

Amo la plenitud de tu ser, armoniosa combinación de materia y espíritu. Materia que agujonea persistente, codicioso interés por tu belleza, y espíritu que irradia sosteniendo la exacta dignidad de mis ensueños distantes de las frívolas y groseras ambiciones.

Condenado por una inquietante obsesión, busco la frescura y lozanía de tu presencia al amparo de las ansiadas ocasiones para admirarte.

En el refugio del secreto, buscaré la oportunidad que me aproxime a ti, sumisa a mi afecto como un regalo deleitoso que redimirá el tormento y hará florecer la esperanza.

Ya las palabras no son eficaces para significar los sentimientos que agitan la intimidad de mi alma".

Pude haber continuado escribiendo, pero preferí concluir firmando en lugar de mi nombre con la simple brevedad del pronombre... "Yo". De cualquier modo mi nombre no habría significado nada para ella. Además, la incógnita lacónica podría ser un alentador enigma que inquietase su perplejidad o, aún, acaso suscitara su interés.

Con la sensación de cumplir un deber inexcusable, decidí prescindir de mensajeros y llevar yo mismo la misiva, animado de cierto cínico atrevimiento que, sin duda, tendría la eficacia de guardar el secreto de mis deprimentes desvaríos.

Tomé un taxi y llegué hasta la casa de Camila. La empleada doméstica me recibió la carta sin mayor curiosidad inquisitiva. Me retiré asombrado de mi desaprensiva intrepidez, imaginando, en mi esperanzada ilusión, la candorosa certidumbre de que las palabras escritas enternecerían el corazón de Camila hasta la rendición de sus sentimientos prevenidos de mis asedios. El problema era que ella asociase certeramente al circunstancial personaje que se hacía el enconadizo en la universidad y en las inmediaciones de su casa, con el autor de la carta. Estas reflexiones acentuaron el propósito de multiplicar mis aventuradas aproximaciones furtivas a su casa, en las presuntas horas de su regreso que eran pasado el medio día y en las primeras horas vesperales.

Llegó la noche con glaciales dardos que me obligaron a recogerme tempranamente a mi casa, haciéndome renunciar al deseo de ir al cine para ver una película con Ingrid Bergman por quien sentía una especial admiración, no sólo debido a sus relevantes aptitudes dramáticas, sino porque también sentía por ella una extraña fascinación, como si fuese una mujer vecina a mis vívidas emociones de grata sentimentalidad insinuada de insólitas sensaciones voluptuosas.

Con sumiso acatamiento a la deliciosa condena de obsesivos pensamientos en Camila, las noches estaban abreviadas de sueño pues el insomnio me asediaba intermitentemente dándole a mis vigiliencias transparencia en la evocación deleitosa de su imagen.

No podía, a pesar de todo, omitir la resaca amarga de crueles dudas sobre si algún amor ajeno a mis pretensiones estaría endulzando la vida de Camila. Todas las apariencias revelaban, afortunadamente que su corazón estaba libre de ataduras sentimentales. De cualquier forma, yo estaba dominado por la resolución de no abandonar los espontáneos impulsos de la búsqueda y conquista de su amor.

Agotado por la comezón de estas aprensiones, quedaba, sin embargo, en el recodo de mis preocupaciones, la incertidumbre de si recibiendo la carta y aún leyéndola pudiese no identificar al autor de la misma. Decididamente, había, de manera inconsciente, armado una propia trampa. Parecía imprescindible ejercitar, con ingenio, una complementaria estrategia a la comunicación epistolar. Pensé que el mantener en cierto modo el anonimato, promovería una inquietante intriga capaz de resolverse en cálida emoción amorosa bajo el aliento de palabras inundadas de tierna sentimentalidad. Así, imaginé usar un seudónimo que tuviese alguna significación original por lo menos inicialmente para mí y con posterioridad para ella.

Urdí una pintoresca forma anagramática, combinada intelectualmente de mis sentimientos y de su nombre. Me decidí por Mateo Amalci, que se pronunciaría Amalchi, acomodado a la fonética italiana, para aproximarme mejor a los patronímicos de su itálica stirpe.

No sería fácil para Camila desentrañar el anagrama concebido por el fascinante impulso de mi amor confinado en la soledad. Sin embargo, era una especie de trivial conformación de palabras que traducían la secreta confidencia de mi ánimo ardiente, proyectado a la dulcedumbre de su corazón insensible. El anagrama, de singular capricho, contenía el siguiente mensaje: "TE AMO CAMILA". Te amo compuesto con las letras de Mateo y Amalci con las letras de Camila. El forzado hallazgo deductivo, serviría para identificarme epistolariamente, pero además para inducir con la referencia personal, a algunas respuestas postales a través del correo.

Huidizas convicciones hacían vacilar la factibilidad de mis designios. Así, en la bruma de las hesitaciones, no atinaba a decidir si debía amenguar esta infructuosa actitud persecutoria para lograr una aproximación indagadora de sus sentimientos, o bien perseverar en el envío de cartas, reveladoras de angustias y anhelos, que acaso la incitarían a pronunciar la palabra endulzada de dilección, retributiva a mis impacientes ansiedades cubiertas de pureza.

Recuperada la original decisión, me propuse continuar con acercamientos cautelosos, tentado encontrar la oportunidad propicia para hablar con ella. Sin embargo, su perceptible actitud renuente en las escasas oportunidades anteriores, acrecentaba mi timidez, derrotando toda iniciativa osada, pues la eventualidad de una frustración anticipaba la vergüenza turbadora del espíritu, quebrando toda perspectiva de afortunada culminación a mis palpitantes ilusiones.

Parecía un innoble renunciamiento, ceder a las fútiles deducciones concebidas por mi aflictivo amor, así que exhumé viejas reflexiones adoptando el propósito de utilizar, con prudente estrategia, ambos caminos al encuentro de mi ventura: las cartas, así como también buscar su proximidad.

Un espléndido azul del cielo invernal, despejado de nubes, lucía la diafanidad tibia del sol que iluminaba el medio día. Animado de optimista credulidad, pensé que alrededor de la una de la tarde Camila estaría de retorno a su casa después de sus clases universitarias. Esperé impaciente cerca de su casa, pero cuando la vi aparecer, un ligero temblor comenzó a agitarme el cuerpo, mientras mi corazón, atolondrado, perdía la regularidad de su ritmo, desvelando una emoción irrefrenable. No sé si con deliberada estratagema, o simplemente llevada por la costumbre, llegó acompañada de un par de amigas. Yo, venciendo mi desasosiego, me di modos para no pasar inadvertido. En realidad, despojado de prudencias inútiles pasé por su lado sosteniendo una mirada irremediamente plena de tibieza suplicante. Ella me miró con orgulloso desenfado volteando la cabeza con un aire de artificioso desdén estudiado. Mi ánimo agonizó en una amarga turbación reflejada en el rubor de mi rostro. La desconcertante actitud desdeñosa, visiblemente insincera, amainó repentinos padecimientos dejando abierta la puerta a una esperanza que acaso fructificaría en amor, al amparo de la perseverancia de mis obcecadas pretensiones.

Regresé a casa con una agridulce sensación espiritual. Estaba persuadido de que su actitud, aparentemente menospreciativa, conllevaba sutilmente en su inconsciencia, un raptó de coquetería ensimismada, acorde con sus femeninas veleidades.

Esta circunstancia pudo haberme desalentado radicalmente, llevándome a un renunciamiento compatible con mi desconsuelo, pero ya es sabido que los enamorados reflexionan curiosamente sin ninguna imparcialidad para apreciar sus goces o medir sus desventuras. Así, impregnado todavía de ilusiones, me decidí a reanudar metódicos asedios escribiendo otra carta:

Amada Camila:

Desde el rincón de mi soledad -hay honda soledad sin tu presencia-, vuelan mis ansias como palomas en espanto buscando el sosiego de tu imagen.

Una cálida fantasía recupera tu hermoso rostro así como tus ojos que cobijan el cielo, iluminando los recónditos secretos de mi amor palpitante. Tercas ensoñaciones dibujan tu boca donde mis besos, atropellándose, se disputan la posesión de esa rosa fragante. Imagino la cascada de tu cabellera rubia rodeada a mi cuello para estrangular el grito quemante de este amor que pudiera inflamar la tibieza tierna de tu virtud incólume.

Nacida en los ensueños y presente en la indómita vigilia, gozo la delicia de tu presencia, indiferente y distante a la tentación de mis anhelos.

Ayer te vi al medio día, esbelta como un junco predispuesto a las tibias caricias frustradas por tu apatía displicente. El brillo de tus ojos radiantes competía con el fulgor del sol, mientras en el profundo azul de tus pupilas se hundían mis agonizantes esperanzas.

Ansío dialogar con tu espíritu excedido de virtudes que cubre tu lozanía hecha de tierna madrugada.

Estoy tan distante de tu voz, que necesito la sonoridad de su acento anunciándome la promesa del día en que pueda sentir la dulce tibieza de tus manos.

Una palabra tuya calmará mis congojas con su presentido sabor de viñedo adormecedor. Entretanto, beso tu nombre de campana jubilosa.

*Mateo Amalci
Correo Central
La Paz.-*

Como en anterior oportunidad, llevé yo mismo la carta, esta vez con la vaga conjetura de que recibiría alguna respuesta compensatoria a las desveladas pesadumbres que me abrumaban.

V

EN EL BAR de nuestras reuniones habituales, Marcelo y Felipe me acompañaban saboreando unas copas de chufar, vivificantes con la intensidad del aromático singani que neutralizaba la húmeda gelidez nocturna.

Nuestra mesa, precautoriamente aislada del ruido vago de las voces enardecidas por el entusiasmo etílico, nos permitía una conversación tranquila de reposadas confidencias superficiales y animadas intervenciones, donde discurrían la seriedad ilustrativa de temas nacidos al azar de la tertulia libre de solemnidades y formalismos, salvo alguna intempestiva actitud de elocutiva gravedad de Marcelo que gozaba íntimamente con los acentos de su esclarecida facilidad oratoria.

Comentábamos de la exposición pictórica de un amigo, muestra inaugurada dos días atrás y que, como era nuestra costumbre, habíamos tenido la oportunidad de examinar detenidamente.

Era un pintor de figurativa inclinación sin alcanzar purísima búsqueda de calidades que lo aproximarían a un realismo depurado, poco extendido en el ambiente artístico. Sin embargo, su muestra estaba caracterizada por dominante estilo abstracto. Ello significaba un avance arriesgado frente a un público desarraigado del conocimiento de las escuelas de vanguardia, aunque correspondía reconocer, que, como siempre, llegaban a nuestro país las manifestaciones espirituales consagradas en verdaderas escuelas, con un rezago desconcertante.

Marcelo, con inevitable aire magisterial, expresó: "Me pareció excelente la muestra, porque ya estamos cansados de un realismo tradicional y un figurativismo rutinario, exento de promover sugerencias tendentes a enriquecer la contemplación. Precisamente por ello, esos abstractos de ricas modulaciones cromáticas nos dejan una sensación inefable de complacencia". Yo, con prudente moderación, intervine apuntando mi escepticismo sobre la sinceridad de los efectos emocionales de la mayoría de los espectadores frente a la contemplación de los abstractos. Sostenía que la abolición de la representación, como esencial principio de la tendencia abstractista, dejaba en el espíritu del espectador cierto grado de inicial perplejidad, ya que el observador, en el acto de la contemplación, procesa una emoción que eleva su espíritu, inducido por estimulantes elementos discernibles y no por vagas combinaciones cromáticas. Pero, añadí con resuelta convicción, yo creo que lo abstracto se convierte en concreto en la instancia de la contemplación, es decir que el espectador busca y encuentra en la simple combinación de colores, desposeídos por el creador de expresión representativa, alguna analogía recóndita u ostensible con algo concreto. Es en este momento contemplativo que se produce una elevación espiritual, promoviendo la genuina emoción que conlleva el mensaje estético. El creador pictórico abstracto, resuelve combinaciones cromáticas sin propósito de representar algo, aunque también se producen ciertas combinaciones fortuitamente. El espectador recompone la obra con imaginarias figuraciones concretas para lograr su verdadera emoción, transformada en elevado goce estético". Felipe, con impaciente laconismo, me interrumpió diciendo: "Esos son puntos de vista muy personales". Marcelo, por el contrario, con una condescendencia inusual en su engraido temperamento, consideró que era una teorización interesante y acaso digna de explorarse, aún más recordando que el principio clásico del arte se podría resumir en la fórmula de una mimesis catártica, es decir, de una imitación depurada.

La llegada del amigo Leonardo a nuestra mesa desvaneció el tema entre los cordiales abrazos de bienvenida. Leonardo acababa de retornar de Colombia donde estuvo estudiando Filosofía. Era un estudioso pintoresco de anárquico espíritu rebelde. Su sensibilidad refinada, se aliaba con una voluntad creadora poética de inspiradas resonancias audaces y originales en el tempestuoso caudal de la poesía de vanguardia. Su predilección por el surrealismo, lo hacía un poeta singular, innovador e impredecible. Buscador de los abismos del inconsciente y las desconcertantes brumas del mundo onírico, forjaba un universo de sugerencias que abrían una puerta a la fantasía. Tampoco era ajena su poesía de imágenes fortuitas, nacidas de automatismos inconscientes o de *impromptus* síquicos que dejaban una estela de perplejidad, cuando no una carga pletórica de sugerencias.

Parecía inverosímil que su bachillerato lo hubiera obtenido en el Colegio Militar, donde permaneció hasta su expulsión o "dada de baja", como se dice en la jerga castrense, motivada por haber inducido a sus colegas cadetes a un acto de amotinamiento. Esta inconcebible tentativa, en voluntades esterilizadas por principios de ciega sumisión, no pudo prosperar, pero ello no impidió la radical decisión punitiva que lo apartó de las milicias donde ingresó desprovisto de entusiasmo vocacional.

La presencia de Leonardo en la mesa amical, cambió el acento de la tertulia convirtiéndola en animada competencia de inquisiciones impulsadas por nuestra curiosidad.

Leonardo, con el gracejo característico que no le hacía perder su atildada seriedad oportuna, satisfacía divertidamente al tropel de nuestras preguntas teñidas de trivialidad, así como también tornaba su pulcritud intelectual referida a otros temas menos superficiales.

Mientras los chuflys eran bebidos con metódica disciplina, adaptada al grado de avidez circunstancial, la insinuación de los vapores etílicos aumentaba un estimulante entusiasmo, amenazando la discreción de nuestras reservas interiores. Así, volvían a aflorar las confidencias, venciendo el secreto latente en la intimidad. Todas las revelaciones lindaban con los apasionados amores y pesadumbres del sentimiento. A Leonardo le gustaba escandalizar con su desenfado de cierta impudicia, relatándonos algunos episodios de sus ásperos amoríos pasionales, reducidos a los riesgosos sabores del lecho.

Felipe, desgajándose de su crónica timidez, desveló su amor por una divorciada que martirizaba sus deseos no satisfechos por las pudibundas restricciones de su amada que resultaban tan insólitas y tardías, cuanto neciamente inútiles. No se resignaba a la limitación de las caricias íntimas, ya que él estaba persuadido del amor sincero de la renuente divorciada. "En fin", decía con perseverante ilusión, "ya caerá". Este remate, de aparente conformidad a sus revelaciones desdichadas, promovió en nosotros, en lugar de una lastimera solidaridad, un ruidoso regocijo premonitorio de la capitulación de la divorciada.

Borradas las risas con un colectivo trago, Leonardo desanudó una de sus anécdotas, relatando: "Cuando estuve en el Colegio Militar enamoraba con una adolescente que sólo me permitían visitarla en su casa, previniéndola de cualquier desvarío, lejos de la supervisión maternal. Su casa estaba ubicada frente al Hospital Militar donde urdí ser internado para poderla ver, ya que tampoco podía salir libremente del Colegio. Imaginé que sólo estando herido podía cumplir mi objetivo. Sin vacilar, me di modos para dispararme, con un fusil de cañón corto, en la palma de mi mano izquierda, apuntando astutamente donde creía evitar alguna lesión ósea. Tras el disparo, que lo fingí accidental, tuvieron que internarme en el Hospital. Pasé una semana de dichosos encuentros furtivos con mi amada, compadecida de mi herida y orgullosa por mi gallardo gesto de amor".

Su última palabra subrayó una catarata de risas con un murmullo de comentarios que se desvanecieron en un "salud" unánime.

Las espontáneas confidencias de los amigos, no alentaron la revelación del amor desventurado que vacilaba entre mis labios. Pude haber contado las tribulaciones sentimentales que me afligían, para abreviar mi sufrimiento en un depurativo auxilio catártico, pero preferí una tenaz lealtad al secreto que me endulzaba la vida a pesar de los amargores de azarosas frustraciones.

La luz indecisa, filtrándose por la ventana, anunció la madrugada. Los mozos nos previnieron de la suspensión del servicio, lo que imponía el abandono del local. No nos sentimos defraudados por el previsto desahucio, pues teníamos un otro refugio que nos acogía a esas horas. Era apenas una tenducha destartalada con un par de mesas en la trastienda, empapelada de láminas coloridas de periódicos pasados y fotografías antiguas de La Paz. El dueño, don Belisario, era amigo nuestro y siempre nos atendía a las tempranas horas de la madrugada, con la única bebida de su existencia, el aromático singani.

Al tercer golpe pausado a la puerta, que era el santo y seña de nuestra presencia, don Beli, como le decíamos en abreviación cariñosa, nos abrió la puerta ubicándonos diligentemente en la tosca mesa de marras.

En medio de la niebla tóxica del humo de los cigarrillos, bebíamos pequeños sorbos en prolongadas pausas, mientras nuestra conversación, desordenada por los vapores etílicos, seguía favoreciendo la amenidad de nuestra reunión sellada con una estrecha afinidad intelectual que nos unía con genuina dilección familiar.

AGOBIADO POR PENSAMIENTOS de martilleo obsesivo, salí de la oficina apresuradamente para ir al correo ubicado en la calle Ayacucho. Recorrí la empinada arteria urbana forzando las energías, que incrementaban mi agitación interior condicionada por las ansiadas esperanzas de recibir alguna respuesta postal.

Inquieto por la incertidumbre, me acerqué a la correísta que despachaba la letra A y, encubriendo un tembloroso desasosiego, prorrumpí el nombre de Mateo Amalci. La empleada extrajo del casillero correspondiente un copioso correo que revisó con rutinaria destreza sin encontrar la carta requerida. Pensé insistir en una nueva revisión de las cartas, suponiendo algún error de la empleada, pero mis intenciones sucumbieron en la certitud del presentimiento amargo de su desdén por mis suplicantes ansiedades.

Era de suponer que la prudencia que guía sus sentimientos templados en la virtud, debió preservarla de los riesgos que pudiesen alterar las pasiones adormecidas en su moderación. La precaución de su silencio, en lugar de anestesiar mi interés sembrando el desánimo o el renunciamiento, impulsó un propósito de seguir adelante, sin abandonar la mejor de las felicidades que era sentir la tibieza de su presencia.

Cualquier forma de aproximación al ser amado, así fuese tan superficial como una carta, puede ser suficiente para contentar nuestro deseo. Pero la fuerza de un deseo por el ser amado, que tiene el impulso de envolverlo con su tenacidad y hostigamiento, puede lograr el prodigio de transformar la inquietud de la carne en una verdadera invasión del espíritu.

Convencido de mis latientes reflexiones, convertidas en conminatoria persuasión, me dirigí resuelto a espiar la casa de la amada elusiva. Tomé la precaución de adelantarme unos quince minutos a la hora de su retorno habitual. No esperé mucho. Desde una decena de metros de la puerta de entrada la vi llegar, como de costumbre con un par de condiscípulas que se me antojaban impertinentes guardianas, preservadoras de intempestivos enfoques galantes. La miré desde la vereda, con la certidumbre de que advirtió mi presencia. Su mirada parecía inquisitiva, seguramente intrigada de verme en sospechosa actitud persecutoria. Quién sabe si supondría que era yo el autor de las cartas. De cualquier manera, me volvió a mirar con glacial indiferencia cuando crucé cerca de ellas. Me alejé pausadamente, con el corazón atolondrado de emoción y pesadumbre. Sin embargo, la sorprendí cuando volteó la cabeza maquinalmente para mirarme con actitud de vertiginoso escrutinio. Ese reflejo inútil me produjo, sin embargo, una deliciosa pausa de contentamiento.

Llegada la noche preferí recogerme a mi habitación, ornada de algunos cuadros y libros. Me eché en la cama del dormitorio familiar, evocando el residuo grato de su mirada fugaz que iluminó unas esperanzadas ambiciones.

En retrospectiva visión obstinada recomponía la talla cimbreante de su cuerpo alargado, donde su busto floreciente apuntaba dos temblorosas colinas, dos breves tentaciones perennes. Gratos recuerdos vagaban por el contorno de su cintura, de ondulante ritmo en su andar de voluptuosa cadencia. Resultaba inolvidable la belleza de su cara, donde sus labios de granada fresca llegaban hasta sus comisuras, en un rictus que le daba, a su boca de brillante dentadura, un soplo de tenue sensualidad. La nariz, ligeramente respingada, se alzaba con proporcionada dimensión armonizando con sus grandes ojos azules, mientras la seda de su pelo caía sobre sus hombros como una rubia cascada refrescante de su candor y lozanía.

El sueño del amanecer clausuró el delicioso regodeo de mis remembranzas.

Con la puntualidad de costumbre llegué a la oficina, donde la máquina de escribir incitó compulsivamente la ansiedad predispuesta a escribirle una nueva carta. El propósito persecutorio, agazapado en mi subconsciente, afloraba persuasivo como estratagema eficaz que lograría la aceptación de Camila, agobiada por la fidelidad de mi perseverancia. Imaginaba, quizás ingenuamente, que si "la gota labra la piedra", mi tenacidad acabaría por conmover su adormecido amor cautivando su corazón y empapando su pensamiento con el caudal espiritual de mis sentimientos.

Como quien desvanece su abatimiento comencé la carta:

Amada Camila:

"La impaciencia que podía trocarse en espiritual regocijo con alguna palabra tuya, pervive en mi ser colmado de agría incertidumbre.

Me pongo a cavilar si la avaricia de tus palabras es sólo fruto de tu desgana indiferente, o acaso de una consciente actitud desdeñosa por el palpitar de sentimientos, consagrados devotamente a tu imagen lejana escondida en mis ensueños.

Ayer te vi con tu porte esbelto y tus ojos radiantes de aguamarina soslayando mi presencia temblorosa de incontenible emoción.

La gracia y la fascinante apariencia que pudiesen surgir del esbozo de algún pincel celestial, palidecen ante el mágico retrato de tu seducción y encanto diseñado por el misterioso soplo de tu vida que atesora todas las virtudes.

Privado de tu calor afectivo, espero la generosa espontaneidad de tu sonrisa como indicio de una aproximación que proscriba la zozobra y la desesperanza.

Seguiré desvelado en el recodo de la espera, hasta agotar el postrer atisbo de tu indiferencia. Irredimibles ansias agazapadas seguirán esperando el minuto venturoso de tu proximidad.

Sólo las palabras, que son las traductoras de los sentimientos, pueden revelar la presencia del amor.

Espero alguna respuesta confortante a mis aflicciones, irredentas sin la proximidad de tu presencia.

Como siempre, beso tu nombre de campana jubilosa.

Mateo Amalci".

Asumí una lamentable condición de mensajero, que tenía la virtud de guardar el secreto del tormento de mis cuitas.

Las exigencias tediosas a que me sometía, tendían solamente a protegerme de la eventualidad de un desengaño que podía tomarse en ridícula situación. Por ello, preferí nuevamente llevar la carta como en anteriores oportunidades, cautelando la certitud de que Camila recibiría el mensaje.

Al retornar a la oficina después del almuerzo familiar, me encontré con un memorándum conminatorio para un viaje en comisión a la ciudad de Cochabamba. Debía partir al día siguiente por vía férrea. Me produjo grande irritación, pues, crónicamente, me causaba molestia realizar viajes aparejados a misiones que cumplir. Sin embargo, pensé que este forzado viaje resultaría

una benéfica pausa a mi espíritu intranquilo. En verdad, imaginé que este viaje mitigaría los pensamientos obsesivos que me mantenían como en extraño estado de embriaguez, doliéndome con la crueldad de su ausencia y, contradictoriamente, con la deliciosa sensación de su imagen resguardada en mi secreto.

Cumplidas las horas laborales, salí apresurado rumbo a casa. Quería descansar porque el viaje era muy temprano al día siguiente. Con el temor de que me invadiese el insomnio que se iba volviendo crónico, me tomé un suave hipnótico que fue adormeciéndome paulativamente hasta un placentero despertar a las siete de la mañana.

Sin prisa, me preparé para ir a la Estación Central, edificio de breves instalaciones adecuadas a la modestia de la red ferroviaria existente.

Subí al tren que, serpenteando con el esfuerzo a toda máquina de la locomotora a vapor, trepaba la montaña hacia El Alto de La Paz. Este tren, pasado de moda, mostraba la parvedad de su Primera Clase sin atisbo de cuidado alguno en su mantenimiento. El tren era malo, pero el paisaje que se encuadraba en la ventanilla, alucinaba con la fascinación de una ciudad de chúcaro topografía, donde las casas, sin concierto urbano, se subían por los recodos de los cerros arbolados de fragantes eucaliptos, verdes ornamentos en la palidez terrosa regada por la turbiedad del Choqueyapu generador de fecundas sementeras.

Desde El Alto de La Paz, iluminada por un cielo azul transparente, la ciudad parecía ubicada en la herida geológica de alguna fractura intempestiva del altiplano, meseta gris unida con el cielo en el horizonte. Ciudad escaparate desde cuya vitrina se escudriña hasta los últimos rincones de la urbe, ornada por la fascinación de la majestuosa montaña del Illimani, celosa centinela tricúspide coronada de eternas nieves, cuyo eurítmico perfil finge sublime gema engarzada en las imponentes montañas de la Cordillera.

El sutil movimiento rítmico del tren con su acústica isocronía adormecedora, me hizo dormir algunas horas, abreviando la monotonía del altiplano. En realidad, desperté en pleno valle cochabambino, poblado de sauces, molles, álamos y paraísos que saturaban el ambiente de un suave aroma vegetal.

Las estaciones intermedias vecinas a pequeños poblados, eran pintorescos escenarios de vivanderas con multicolores vestimentas, que ofrecían sus viandas olorosas, saboreadas por los pasajeros de Segunda Clase, con veloz voracidad acomodada a los apremios del horario del tren.

Llegar a la ciudad de Cochabamba era un alivio reparador de las fatigantes horas de viaje. Cochabamba, pequeña ciudad acicalada de jardines perfumados, con su vecina campiña fecunda de tubérculos y granos, era una pausa tibia y placentera para los forasteros en busca de descanso.

Su aire benéfico aromado de un follaje salpicado de multifloral policromía, exhalaba una fragancia terapéutica, eficaz para calmar las angustias y ansiedades.

Convencido de que su temperatura y altitud, añadida a la amenidad de su valle decorado de sauces y molles, me harían olvidar a Camila en una suerte de paréntesis liberador de mi cautividad inexorable, aspiré el aire oxigenado con predisposición satisfaccional optimista.

Permanecí tres días en la ciudad, aligerando las tareas administrativas previstas, mientras mis ojos, ávidos, se llenaban del encanto del paisaje, saturando el espíritu de un delicioso contentamiento.

La tenaz lealtad de los recuerdos, recuperó la imagen de Camila, clavada en mi cerebro y presente en mis palpitaciones. Todo lo que miraba tenía la misteriosa ligazón a ella, en extraño proceso de asociación no con la realidad sino con mis ilusorias ambiciones.

La ciudad, ausente de agitaciones, gozaba su siesta envuelta en la tibia modorra de su placidez.

En la cima de una elevación natural del terreno, denominada "La Coronilla", se levanta, con artística gallardía, un conjunto estatuario en homenaje a las heroínas de Cochabamba, que evoca la épica defensa de la ciudad por las mujeres en el asedio de las fuerzas españolas comandadas por Goyeneche.

En mis ineludibles desplazamientos urbanos recordé con nostalgia mi predilecto atractivo por los tranvías descubiertos que dejaban gratas sensaciones refrescantes, cortando el aire tibio de la ciudad y la campiña. Ahora, los breves viajes en autobús a los barrios circunvecinos desvanecían tensiones, quebrando la monotonía amarga de las pesadumbres sentimentales hundidas en el obsesivo recuerdo de Camila.

Deleitosos anhelos platónicos, transformados en evocación pertinaz de su imagen, se acentuaban dejándome exiguos presagios de redención que, contradictoriamente, tampoco apetecía en ese desconcertante juego masoquista del amor. Estaba visto que convivía complaciente con el dolor de su ausencia que me procuraba la dicha de evocarla con la delirante devoción de mis sentimientos. El olvidarla me parecía un cínico renunciamiento a un amor insólitamente ligado a mi vida y destino. Me negaba a correr el riesgo de expiar un desatino con la pesadumbre que sobrevendría ineluctablemente.

Cumplidas mis tareas administrativas, había llegado la hora del retorno. Las pesadas incomodidades y el cansancio experimentado debía repetirse y yo soportaría sumisamente, aliviado por la certidumbre de la proximidad circunstancial de ver a Camila. Imaginaba, también impregnado de esperanzas, que, acaso, la respuesta a la carta estaría en el correo. Así, entregado a inevitables cavilaciones, me encontraba en el tren, sucesivamente irritado, pensativo, resignado y postreramente derrotado por el sueño que me deparaba prolongados intervalos de reposo salpicado de sobresaltos. Desperté libre de las brumas de la somnolencia, cuando el tren llegó al Alto de La Paz. Las sombras de la noche se aclararon a la distancia en la profundidad de la depresión geológica del altiplano, donde estaba recostada la ciudad con sus luces titilantes en la distancia cubierta de una niebla sutil. El panorama de fascinación semejava un cielo invertido, iluminado por una miríada de estrellas formando caprichosas constelaciones en enigmática visión sideral.

Con prudente lentitud siguió el tren por el ondulante terreno inclinado, hasta su destino previsto de la ciudad de La Paz.

VII

SOMETIDO CON PLACENTERA DETERMINACIÓN a los crónicos encuentros nocturnos con mis entrañables amigos, acudí puntualmente al bar del Prado. Nuestras reuniones siempre tenían un renovado encanto huidizo del superficial hábito rutinario, adormecedor del pensamiento y la sensibilidad.

El incipiente otoño, insinuaba algunos calores rezagados del verano, acicateando nuestro deseo de beber cerveza. De cualquier modo, era una bebida menos cara que los tragos cortos, y se acomodaba mejor a nuestros bolsillos moderados de dispendiosos excesos.

Felipe, tras el forzado paréntesis de un seco colectivo, rematado con gutural sonido de satisfacción, contó una breve anécdota de Leonardo, quien, en ocasión de dictar una conferencia, hizo esperar al auditorio una media hora. El maestro de ceremonias nervioso porque no aparecía Leonardo, pensó disculparlo determinando la consiguiente suspensión del acto. Cuando se disponía, con ruboroso nerviosismo, a consumir su intento, Leonardo emergió desde atrás de la

tribuna como en una aparición insólita de cómica representación. Su gesto estrambótico dejó perplejo al auditorio que aplaudió entre murmullos y desenfadadas risas.

Festejamos con abiertas carcajadas aquel raro episodio de Leonardo. De cualquier manera, estábamos acostumbrados a sus intempestivas y paradojales humoradas, así como a sus frecuentes excentricidades no carentes de agudo y picante ingenio.

Calmado nuestro regocijo, Marcelo, modulando su voz con intención pedagógica, dijo: "Ayer una amiga me invitó a su casa para oír música. Escuchamos algunos autores como Debussy, Stravinsky y Sibelius. No pretendo opinar sobre la teoría de la música, la cual desconozco por completo, absteniéndome de entrar en las honduras del ritmo, de la melodía o de la armonía. Mi pretensión es discurrir sobre la esencia espiritual de la música. El extendido principio de algunos amantes, de la música, en sentido de que esta manifestación artística hay que comprenderla para lograr el auténtico goce espiritual, es ciertamente discutible. Ello sería atribuirle a la más abstracta de las manifestaciones espirituales un valor de expresividad categórico, autónomo y suficiente. No parece aceptable que la música, por sí sola, pueda expresar, significar o explicar. Creo que todas estas posibilidades surgen del complemento de la ilustración sobre los motivos o temas que se escucha.

La música tiene capacidad de expresión autónoma cuando sus melodías son tristes, alegres o épicas, las cuales son susceptibles de discernimiento sin ningún otro auxilio. Ello abona mi criterio de que la música, antes que entenderse en sentido riguroso, se siente como fausto mensaje al alma que es capaz de procesar el íntimo goce que invade el espíritu hasta el grado de excelitud inefable."

Felipe, conocedor competente de la música, expresó lacónicamente su conformidad, añadiendo con agudo humorismo: "Yo creo que no hay que romper los pelos en cuatro. Al final, para encontrar el placer en la música, hay que sentir y conocer".

Casi atropellando sus últimas palabras yo intervine: "Pienso que el goce de escuchar, ciertamente convertido en sentimiento, puede alcanzar un grado de plenitud con el conocimiento de los temas y motivos, generadores de la inspiración. Pero debemos pensar que no toda la música pretende ser descriptiva o incidental, circunstancia que acentúa su verdadera esencia sentimental. Creo que el oyente de la música acomoda su percepción sentimental a su estado de ánimo. Por ello escuchar una misma música en ocasiones de tristeza, depresión, u optimismo promueve sentimientos acordes con estas situaciones de ánimo".

Nuestras propias voces se confundieron en caudaloso murmullo, desde cuya confusión cada una porfiaba en imponerse para elucidar el meollo de los diversos pareceres parsimoniosamente expresados poco antes. Las impacencias se disolvieron cuando Marcelo, aprovechando el resquicio de una pausa, suplantó el tema musical con el hilván de una de las anécdotas de Leonardo, acaso la más temeraria y sacrílega de todas.

"En cierta ocasión -dijo Marcelo moviendo la cabeza compasivamente- Leonardo estaba con un grupo de amigos en la ciudad de Cochabamba. Era una casa de tres pisos con las paredes lloradas de humedad. En el tercero estábamos bebiendo algunas copas de cóctel de naranja, cuando sentimos en la calle un discreto y acompasado ruido de voces en religioso ritmo de oraciones. Salimos al balcón con prudente curiosidad y confirmamos la evidencia de que era una procesión laudatoria a Cristo Rey, donde se matizaban los rezos con algunos cánticos de alabanza elevados reverentemente por la feligresía devota. Leonardo se acomodó lerdamente en la baranda del balcón y, afinando su voz de barítono, prorrumpió con imprudente acento de blasfemia: Señores, "Muera Cristo Rey". La procesión se encrespó irritada, saliendo de su perplejidad con erizados gritos ofensivos y denuestos, acompañados de algunas pedradas. El incidente nos dejó temblorosos de inquietud, avivando agrias palabras de censura a Leonardo quien las absorbía con impúdica tranquilidad."

Nuestras voces se confundieron en la mesa, unas escandalizadas y otras festejando el desatino como un rapto festivo simplemente irresponsable.

Leonardo no necesitaba de estimulantes alcohólicos para que aflorarán en su temperamento sensible, algunas "genialidades" extravagantes. La fragilidad de su moderación y sensatez, se tomaba intempestivamente en excentricidad desconcertante. Pero cuando estábamos en nuestras reuniones, donde las brumas del alcohol alentaban nuestra euforia desanudando tímidas prudencias, Leonardo era el aventajado, desposeído de prejuicios convencionales y éticos miramientos. Indócil y desenfadado, lucubraba los más audaces proyectos intelectuales que avergonzaban nuestra conservadora timidez.

En la amplia sonrisa de su rostro, como labrado en caoba oscura, su gesto amable apuntaba la simpatía de su personalidad impetuosa. Era tan impredecible, que cuando estábamos reunidos y se aproximaba algún mendigo a pedir limosna, turbando nuestra tertulia, Leonardo lo acometía con agresiva desproporción traducida en zamarreo premeditado, frecuentemente epilógado con algún puntapié en el trasero.

Sosegados los ánimos, se reanudó la tertulia tocando, sin advertirlo, el tema del amor que flotaba recurrente en la ansiedad de nuestras confidencias, quizá, como recurso catártico depurador de los padecimientos de la frustración de los anhelos o de la amargura por el desamor irremediable.

Felipe, desprendido del freno de su cortedad, improvisó lerdamente una relación enternecedor a de sus devaneos con la divorciada, indolente a sus ansias ardorosas de sensualidad. A pesar de su temperamento impregnado de espiritual sensibilidad, nuestro amigo era víctima de sus angustias incandescentes acuciadas de lascivia.

Lo escuchábamos con atención solidaria, mientras le aconsejábamos siguiere con la vehemencia de sus designios, vaticinándole que muy pronto la forzada continencia de sus deseos encontraría la compensación del resguardado tesoro de caricias candentes de "su" divorciada, aparentemente inexpugnable.

Mientras menudeaban los consejos, algunos moderados de prudencia y otros de inducción a estratagemas de engañosos ofrecimientos matrimoniales, yo cavilaba ensimismado en tiernos pensamientos en Camila. Vacilaba sobre la conveniencia de callar o de revelar a los amigos mis aflicciones sentimentales. Quizá esta confesión aminoraría la desdicha que colmaba mi corazón, extraviado en inciertos anhelos de conquista.

Me decidí desvelar el secreto, confiado en recuperar el sosiego perdido en el laberinto de inevitables ensoñaciones. No omití detalle alguno sobre las tribulaciones que padecía, así como tampoco de las tentativas de acometimiento epistolar.

Las revelaciones del repentino amor arrebatado por su imagen inolvidable, no les causó mayor asombro. Les pareció apenas una chifladura intrascendente de unilateral encantamiento.

Un desengañado arrepentimiento por tan inútil sinceridad, agravió mi corazón.

VIII

DESPUÉS DE LA ESTIMULANTE PAUSA de Cochabamba, las ambiciones intranquilas se reanimaron con mayor entereza, buscando el derrotero de mis ilusiones encalladas en la desesperanza.

La impaciencia forjó en mi imaginación, acosada de incertidumbres, una suerte de conjeturas favorables a mi empeño, dejándome una sensación de jubiloso optimismo. Tenía la certidumbre de que las cartas, nutridas de apasionados anhelos de dominante espiritualidad, aventarían sus temores y conmoverían su corazón poblado de virtudes.

La mañana brumosa apuntó un vacilante sol que apenas insinuaba su claridad. Maquinalmente, apresurado, me vestí para llegar a tiempo a la Universidad, donde debía asistir a una clase ubicada justamente en el piso inferior a la Facultad de Derecho. Imaginando la ventura de poder ver a Camila, subí hasta el piso de su aula. Unos cuantos alumnos esperaban cansinamente, con ostensible desinterés, su ingreso a clases. Ella estaba ausente. Me calmé de la nerviosa inquietud inicial. La deliciosa dependencia de mis ilusorias ambiciones de verla quedó defraudada, sin abatir la intención de los desvelos enraizados en mi voluntad indeclinable. Al descender un piso para ingresar a clases, seguía persiguiéndome su imagen, advirtiéndome la insipidez de la soledad al sentirme alejado del cautiverio de ella, imprescindible en mi realidad dominada por los ensueños.

Eximido de responsable moderación decidí ausentarme de clases para dirigirme al correo.

Frente a la empleada que me miraba entre fastidiada y compasiva le repetí por tercera vez: Mateo Amalci. Revisó con desgano el montón de sobres de donde, ¡Oh ventura mía!, extrajo el sobre que mi abatimiento esperanzado aguardaba.

No obstante la impaciencia, no me atreví a rasgar el sobre conteniendo el ignorado mensaje que podía confortarme despejando la bruma del desconuelo o acaso atribularme desdeñando el calor de los anhelos palpitantes de amor.

Fui hasta mi oficina para desvelar, en el secreto de la intimidad, el mensaje que ardía en mis manos con los fuegos de la incertidumbre.

Inevitablemente tembloroso, desdoblé la carta. Una letra menuda con claros rasgos caligráficos decía:

"No encuentro correcto mantener correspondencia con desconocidos. Sus palabras me halagan pero me parece impropio continuar con este juego sin sentido.

Camila".

Mi corazón se encabritó con palpitations de excitación descontrolada, serenándose hasta la amarga convicción del fracaso de mis pretensiones. Pero como el enamorado percibe falsas impresiones en las sinceras expresiones, yo encontré un resquicio consolador atribuyendo al primer párrafo de la carta su encubierto deseo de conocerme. Esta inferencia, labrada al influjo de delirantes ambiciones, reanimó la intención de continuar con la planificada estrategia de conquista. Procuraría, como elemento adicional, hacerme presentar con alguna persona amiga que la conociera.

Ahora que había contestado a la carta, columbraba la trama de un amor ternuroso, tejida con la pureza de mis ilusiones.

Lejos de la irritación inicial, permanecían intactos mis sentimientos, colmados de una ternura ausente de groseras apetencias. Consciente de mi sumisión a sus encantos, resolví, venciendo la humillación de su respuesta, contestar la carta, poseído de incertidumbres y acicateado por renovadas esperanzas:

Amada Camila:

Una prolongada congoja abrumba mi quietud rodeada de oscuros padecimientos.

Siento el escalofrío de tu ausencia sumiéndome en un agitado dolor de desconsuelo.

La dulzura de tu voz y la tibieza de tus manos, forjadas en mis anhelos delirantes, se tornan agónicas emociones, en la determinación desdichada impresa en tu carta.

La transparente quimera de tu adolescencia primaveral, hipnotiza mi espíritu que se resiste a perecer en la penumbra de tu ausencia.

En el sendero vigilante de las cavilaciones tu imagen luminosa obsede mi alma atormentada por tu indiferencia.

Tu áspero desdén se disolverá en el fervor persistente del sentimiento que no descaece porque está avivado por el calor de mi afecto, palpitante en los ensueños ligados a la conquista de tu imagen.

No me resigno a respetar las intenciones encubiertas en tu breve mensaje. Invoco a tu generosidad me otorgue la ocasión de escuchar tu voz y contemplar el cielo de tus ojos.

Beso tu nombre de campana jubilosa

Mateo Amalci".

Con el mismo fervor de los primeros días, llevé personalmente la carta dejándola en manos de la doméstica, quien me miró con cierta familiaridad, e inequívoco gesto de picardía, como admitiendo alguna complicidad en mi relación postal, cuyo contenido amoroso podía ella fácilmente deducir.

Retorné a casa pensando en ella con la misma emoción, tercamente ligada a mi optimista espíritu, indeclinable a pesar de los sombríos vaticinios que flotaban en su carta.

Los dorados resplandores del véspero, anunciaban la llegada de la noche con su incitación a imprevistas cavilaciones estimuladas por el insomnio, o, acaso, a favorecer el sosiego en la lectura, dichoso prelude del sueño adormecedor de impaciencias y temores.

Me propuse leer algún libro de poemas, pero mi pensamiento peregrinaba en dichas fantasías, buscando la sublime realidad de su amor perdido en las sombras de mis perennes ansiedades. No seguía la lectura con el placer forjado por el prodigio de realización de belleza que es la poesía. Estaba ausente de la lectura con la imaginación alerta, recomponiendo los cautivantes rasgos de su rostro angelical bañado por la dorada cascada de su pelo agitado por el viento.

Estaba poseído por la dichosa locura de amarla, buscando el milagro de un abrazo que uniese mi desesperación con su tolerancia.

Dejé el libro abandonado en la mesa de noche, para seguir alimentando, en la vigilia irremediable, fantasías de amor que vivía como una de las auténticas y sublimes realidades.

Este amor manso, henchido de ternurosas ambiciones, se había convertido en obsesivo regocijo de mis sentidos embargados por un dulce apasionamiento desnudo de espinas que agujonean la sensualidad.

En el silencio de la soledad, una sufrida obstinación esterilizaba el abatimiento de las imprevistas frustraciones, reanimando mis anhelos en persuasiva búsqueda de su amor.

Como quebrando el hilo de las dulces ensoñaciones, busqué algún sosiego tomando maquinalmente una pastilla somnífica a la cual, al parecer, me había habituado inadvertidamente en el afán de dominar las recurrentes vigiliadas.

El amanecer, con sus indecisas luces brumosas, me encontró despierto con el clarineo triunfal de pensamientos en Camila, enervadores de los propósitos rutinarios que debía cumplir.

Fatigado por los resabios del fármaco salvador del insomnio, salí apresurado a la universidad, donde pasaba clases desde las ocho de la mañana hasta las nueve y media, hora en que debía correr al trabajo, ubicado a un par de cuadras del correo.

Habían pasado lerdamente tres días desde cuando llevé la carta, dejándome la sensación de una eternidad.

La intransigencia de mi curiosidad atormentada de incertidumbres, me llevó hasta el correo, donde reclamé la carta, preso de las agitaciones premonitorias de mi ventura, confirmada con la recepción de una nota que decía:

"Me siento fastidiada con tu persecución. Estoy dispuesta a expresarte personalmente mi irritación. Podré verte en la pequeña cafetería frente a la Universidad el día viernes al medio día a la hora de salida de clases.

Camila"

No encontré ofensivo el laconismo engreído e hiriente de su nota. Por el contrario, su contenido parecía revelarme un indicio de capitulación compensatoria de mis desdichas. Seguir con la monotonía cruel de inciertas conjeturas sobre el destino del amor por Camila, parecía una espiral obsesiva que retornaba al mismo punto de su partida, sin encontrar la promesa fruitiva de sus sentimientos irresolutos en el laberinto de mis cavilaciones. Quizá un encuentro con ella elucidaría el camino de su dilección, apuntando una esperanza a la solución de las íntimas aflicciones, o acaso pusiera un amargo punto final a porfiadas solicitudes. Cualquiera de las dos cosas que adviniese, seguramente marcaría el signo de mi redención de esta sentencia de angustias. Equipado de estas reflexiones esperé ansioso la llegada del viernes.

Era un medio día gris, ligeramente frío, como para tomar un reanimador café caliente.

Con la inquietud de un colegial inexperto, esperé en la cafetería la llegada de Camila. El corazón me brincaba de impaciencia, mientras mi mente estaba agobiada de confusión. Desde la ventana la vi llegar con delicado contoneo rítmico de gacela, haciendo flotar en el aire su rubia cabellera como una dorada canción embriagadora de mi mirada atenta. Pude advertir el cimbreante talle de su cuerpo flexible de mimbre, sosteniendo su rostro de madona renacentista, donde la dulzura de sus ojos fingían un intenso mar azul apacible.

Entró a la cafetería, escrutando discretamente con una mirada de leve desdén, las mesas pobladas de universitarios que holgaban bulliciosamente. Allí, solitario y meditativo, estaba esperándola despejado de los sombríos pronósticos iniciales. En realidad dudé que vendría, pero estaba cerca el fin de una inquietante espera, llenando mis ojos con la esplendidez de su presencia como el mejor regalo a mi repentina felicidad.

Cuando me miró, exhibiendo fugaz sonrisa de inequívoca actitud identificatoria, me levanté saludándola con cálido respeto mientras le decía "Soy Mateo, te agradezco que hubieras venido. Te ruego nos sentemos a tomar un café". Circunspecta, sin prorrumpir palabra, aceptó mi sugestión con ligero movimiento afirmativo de cabeza. Inicié la conversación con tremulante voz que no ocultaba la vanagloria íntima por mi ventura impregnada de fascinación: "Tu presencia alivia mi pesadumbre. Mucho de lo que podría decirte lo he expresado en las cartas". Cuando pretendía seguir hablando, me interrumpió cortésmente diciéndome: "Lamento decirte que tengo otras preocupaciones por encima de vincularme a peligrosas relaciones y más todavía con quien acabo de conocer". Amparado en cierta astucia sacada de algunas sentimentales experiencias repliqué calmadamente: "Yo sólo busco tu amistad, aunque es cierto que por ti siento una devota admiración purificadora de mi espíritu, ennoblecido por sentimientos plenos de pureza lejos de las asechanzas mundanas imprudentes. Intuyo tus ineludibles obligaciones de estudio y otras de tu hogar. Mi proximidad amistosa no turbará en absoluto tus rutinarias obligaciones porque estaré presto a respetar tus decisiones aunque tuviese que llegar al renunciamiento de tu vecindad".

La vehemencia de estas palabras parecía haberla conmovido. De cualquier manera, en medio de la falacia estratégica, vibraba fidedigno mi sentimiento teñido de espiritualidad ajena a las salaces tentaciones y torpes ansiedades. Aceptar su apartamiento desvelado en el laconismo preventivo de sus palabras, después de haber logrado esta cita, sería una victoria inútil que desencadenaría superfluas, frágiles aflicciones.

"Estoy agradecida, -me dijo con nerviosa voz-, por los sanos sentimientos que me profesas, pero mi conducta, mis hábitos y la forma de vida a la que estoy acostumbrada, no se podrán acomodar a las exigencias de una relación amorosa".

Volví al ataque, ratificando la virtud genuina de mis ambiciones, encerrada en el fervor de una admiración sublimada en emoción vivificante de un amor que dejaría incólume la rectitud de su juiciosa conducta, así como limpio de pureza su pudoroso corazón.

Modulando su voz en acento conmisericordioso dijo: "Dejaremos que el tiempo disponga lo que sea. Ahora debo apurarme para ir a casa". Añadió, dilatando cierta hesitación: "Espérame aquí a la misma hora dentro de cuatro días y seguiremos conversando". Partió con un aire de triunfante engreimiento, dejando una estela de sombríos presagios en mi impaciente anhelo. Pensaba que ya no volvería, pues no mostró ostensiblemente algún interés a pesar de sus consoladoras palabras de la promesa del reencuentro.

Me quedé sentado como ausente de todo, con la sola compañía de los pensamientos obsesivos en ella. Hoy había podido contemplar con detenimiento su talla estatuaría, como esculpida por el genio modelador de Bernini. Pude ver dibujada en la tenue tela de su falda, la perfección de sus muslos unidos a los arcos de su cintura cimbreante de palmera. Intuí el palpitar, dentro de su blusa, del busto enhiesto formando el par de breves colinas florecientes. Ví la dulzura de sus ojos con espejeo de tranquilo mar donde se hundían mis tentaciones teñidas de ardientes ansiedades. Toda ella era un sublime regalo de felicidad a la plenitud de mi ser.

La determinación de sentenciarme a cuatro días de ausencia, me produjo la agria desconfianza de que quizá era el prelude de su apartamiento definitivo. Esta desdichada aprensión me hizo pensar en la necesidad de escribirle otra carta, eslabón que se uniría a la cadena de acosos que la aprisionaban inadvertidamente. No había que darle pausa a su incipiente emoción asediada de vacilaciones.

Convencido de estas premisas empapadas de ilusión, concluí en la decisión de escribirle:

Amada Camila:

La alegría renació en la tarde de ayer cuando el frescor matinal de tu presencia envolvía la ventura de contemplarte.

Advertí que tu orgullosa dignidad elusiva, justificada por tu sensatez y pureza, me inducían a peligrosa resignación de apartarme de ti. Afortunadamente la fascinación de tu presencia fue como un soplo reanimador de mis anhelos, inconformes con las vacilaciones de tu espíritu.

Hoy estoy convencido de que alentar tu ausencia sería una innoble traición a mis sentimientos.

Tengo tu voz repercutiendo en mi alma como caricia entrañable.

Evocar es volver a vivir y por eso me aferro al fugaz pero maravilloso mundo de sensaciones florecidas a tu proximidad, que, en repentina y retrospectiva reminiscencia, aroman mi nostalgia y mitigan mi abatimiento.

Espero que todas las desdichas causadas por tu ausencia se despejen con el esplendor de tu presencia que espero ansioso, confiado en el testimonio de tus últimas palabras de despedida.

Estaré puntual esperándote.

Beso tu nombre de campana jubilosa.

Mateo Amalci"

No hubo, en la circunstancia de nuestro breve encuentro reciente, ocasión para aclarar el significado de mi nombre adoptado. Hubiera sido un desatino trivial ocuparme de ello, cuando su presencia me provocaba indescribible enternecimiento arrobador. De cualquier manera, este nombre ya quedó como seudónimo mío, pues todos mis artículos, ensayos y poemas publicados en la prensa estaban suscritos con este emblemático nombre que encubría el tesoro de mis ambiciones sentimentales. Los amigos solían llamarme Mateo con ciertas festivas sonrisas irónicas. Ya habría oportunidad de elucidar con Camila la cifra de este nombre, henchido de la profundidad de mis deseos obstinados.

La carta, esta vez, la envié con un amigo. Tenía el temor de que Camila pudiera sorprenderme en una circunstancia considerada ridícula por mi ruborosa discreción. Ahora que la conocía personalmente no habría razón para continuar con la precaria vía de comunicación, que nunca llegaría a expresar con eficacia las vivas emociones que se agitaban en mi interioridad.

Por cierto, no pretendía alguna respuesta a la carta. Era apenas un mensaje para amenguar las impacencias, predestinadas a una espera repleta de incertidumbres.

¿Qué impresión le habría causado mi apariencia de común universitario vestido de modesta pulcritud y además carente de atractivo físico? En leal calificación íntima yo me consideraba alguien que, sin llegar a la fealdad, estaba desprovisto de varonil belleza, factor determinante para algunas mujeres que se envanecen con la compañía de un hombre bien parecido. Es verdad que mi talla, relativamente alta me favorecía dándome una apariencia de cierta gallardía cobijada por mi firme personalidad.

En cambio, la breve conversación con Camila me reveló la dulzura de su temperamento delicado y sensible, así como también la reciedumbre de una voluntad acompañada de una inteligencia despierta, atributos que se unían a su virtuosa sensatez y pudicia.

Los días pasaban lerdamente, aumentando una impaciencia traducida abrumadoramente en interminables noches de insomnio que acentuaban mis sombríos presagios sobre el cumplimiento de la promesa de Camila. Como de costumbre, en sospechoso hábito adictivo, tuve que tomar tranquilizantes y somníferos.

La preocupación obsesiva me inclinó curiosamente a un aislamiento soledoso, renuente del hábito de las reuniones con los amigos, ante quienes simulaba disturbios digestivos para justificar mi ausencia.

Amurallado de aflicciones, sufría el paso lento de los días, hundido en pensamientos melancólicos que se redimían por breves pausas, en exultante optimismo al amparo de ciertas esperanzadas pretensiones.

Entre la rutina del trabajo, los sobresaltos de los estudios y las impacientes preocupaciones, se consumieron las horas hasta llegar el medio día previsto para el encuentro, que pronosticaría mi ventura o sentenciaría mi infortunio.

Intranquilo, sentado como la vez primera, estuve ansioso elevando una plegaria silenciosa de invocación a su comparecencia con la misma radiante figura de la primera cita, en la que me arrebatara el espíritu urgido de su cercanía.

Imaginaba que quizá no vendría, pues habían pasado largos minutos del mediodía, pero apareció sin mayores signos de apresuramiento, colmando el milagro de la exhibición de sus encantos.

Se acercó envuelta en un aire de franca sencillez, desgajando de su voz armoniosa un "hola" de indiferente laconismo que no turbó mi íntimo entusiasmo. Por el contrario, su frialdad promovió una cierta irritación que disimulé transformándola en cortesía deferente.

"Que alegría poderte ver -le dije con gentil desparpajo, añadiendo- esperé este momento con intenso deseo". Se sentó a mi lado y, dibujando una fugitiva sonrisa de condescendiente afirmación, expresó: "Me gustaría que tomemos un café, mientras conversamos. Lamentablemente no tengo mucho tiempo. En casa son muy puntuales para las horas de almorzar. En realidad, mis padres son muy exigentes para imponer todos los horarios, incluidos los eventuales para mis salidas". Me disculpé por interrumpirla para ordenar un par de cafés.

No me atreví, con estudiada sagacidad, a cortar el hilo de sus espontáneas confidencias. La miré silenciosamente como incitándola a que continuase hablando. Captó la intención de mi mirada y continuó diciendo: "Tus cartas me han impresionado, aunque exageras mucho en tus alabanzas que a la vez me avergüenzan y envanecen. No puedo negar que yo siento por ti alguna simpatía, pero el amor es algo más que eso. Sin embargo, no quiero negarme a cultivar contigo una amistad que advierto pudiera ser grata. Debo confesarte que no estoy acostumbrada a conversar en cafés o confiterías. Prefiero, si quieres aceptar algunas condiciones, que me visites en casa en días y horas que no perjudiquen mis habituales obligaciones".

Salí aliviado de ese soliloquio expresándole, con genuina emoción, un vivo agradecimiento por su generosa voluntad de permitirme que la visitara, sometiéndome sumisamente a la severidad de sus condiciones.

Con hipócrita simulación, acepté jubilosamente la perspectiva de nuestra relación amistosa, aunque mis últimas emociones eran más sensibles a la conquista de un amor puro, apartado de los violentos deseos pasionales. Alguna astucia me hacía comprender que en esta decisión se mezclaba la esperanza de cultivar una vinculación amistosa de presumible transformación en intimidad amorosa, marcando la prodigiosa dualidad de amigo y enamorado. De

cualquier manera, la amistad conlleva una afección que pudiera parecerse a cierta expresión singular del amor.

Camila, al ponerse decididamente de pie, prorrumpió con acento consolador: "Mateo, puedes venir a casa pasado mañana miércoles a las siete y media de la noche, pues ya sabes que mis clases en la universidad terminan a las siete". Apenas alcancé a decirle "gracias Camila" porque avanzó presurosa, agitando su antebrazo en signo de despedida. Salí hasta la puerta para verla alejarse con su vivo paso, balanceando su cuerpo rítmicamente con una gracia de sensual atractivo. Me quedé mirándola, ensimismado de gratos pensamientos, hasta que la vi desaparecer al cruzar la calle.

Sosegado, en armonía con el cúmulo de las deliciosas emociones posadas en el fondo de mi ánimo, me quedé acariciando pensamientos pletóricos de contentamiento.

IX

EL VÉSPERO, DIBUJANDO apagados arreboles, inauguró la noche fresca de nuestra reunión. Como de costumbre, en la misma mesa del bar del Prado estaba con los amigos de siempre para beber los consabidos chuflays, leales acompañantes de nuestra charla.

Cordialmente, censuraron mis ausencias anteriores. Reiteré que las causas fueron inesperadas dolencias gástricas. No me atreví a descubrirles el motivo genuino de la extraña postración de melancolía, acometida de ásperas desesperanzas. Tampoco me aventuré a desvelar los progresos de mis coloquios amorosos. La incertidumbre sobre el porvenir de estos acercamientos preliminares, aconsejaba prudencia en las confidencias. Había que neutralizar mis agitados impromptus inductores de las impertinentes revelaciones.

Entre trago y trago, el parloteo intrascendente estaba siendo invadido, con sigilosa inadvertencia, por algunos temas picantes de cierto gracejo, que fomentaba la diversión en el ambiente poblado de risas y alguna carcajada desentonante.

Menudeaban las anécdotas en espontánea competencia, de quiénes elegían las más curiosas y risueñas. Era una forma subconsciente de prescindir del relato de cuentos que tenía unánime resistencia. En realidad mi radical renuencia por los cuentos había influido benéficamente en el grupo que estaba de acuerdo conmigo en cuanto a que los cuentos relatados sucesivamente esterilizan la conversación, convirtiendo la tertulia en ordinaria francachela desdeñable.

Felipe, con su calmosa expedición, desnudó graciosamente las intimidades de sus desvaríos desordenados con la divorciada, quien finalmente cedió a la tenacidad de las embestidas voluptuosas, envueltas ingeniosamente en líricos rodeos de su temperamento de poeta. Con espontáneo cinismo, empapado de humor, expresaba: "Les cuento que para llegar a calmar mis ardientes compulsiones en la glacial temperancia de la divorciada, tuve que acudir, cuando no a mis propios poemas, al celestinaje de los versos de Neruda, con tal eficacia, que nos dejaba mutuamente satisfechos en la consumación de nuestras contenidas apetencias". Estaba visto que el alcohol había desanudado la discreta lengua de Felipe, quien, al parecer, como ocurren con las confesiones Freudianas, quedó liberado de sus angustias y con una exultación indisimulable por su exitosa culminación.

Marcelo, como siempre poseído de solemnidad, ensartó en la conversación trivial su opinión desdeñosa por los derrotados de las rijosas inclinaciones, prorrumpiendo con postiza solemnidad: "Realmente me dan pena los que no son capaces de amar seriamente, con la plenitud noble del espíritu y el calor de la piel en equilibrada simbiosis, capaz de conquistar el amor resumido en los ojos o en la sonrisa de una mujer". Retomando su acento tras un sorbo fruitivamente ingerido, siguió como en una clase magistral universitaria: "Los incapaces de amar equilibradamente con el alma y con la piel, están predestinados a una amarga soledad. Los

groseros éxitos de la sensualidad, despojada de espíritu, son apenas livianos goces en los que se disuelven los arrebatos del amor verdadero. Los vencidos por la lascivia desposeída de ensueños, pueden llenar los lupanares para saciar sus groseras avidedeces".

Mientras hablaba Marcelo, yo asentía silenciosamente el contenido de su improvisada alocución. De alguna manera, encontraba el prodigio de la coincidencia de sus palabras con la realidad del obsesivo sentimiento que consumía mi tranquilidad.

Imaginé que el penoso ejercicio de la prostitución implicaba una preventiva acción defensora de las imprudencias de la mujer virtuosa.

Felipe, como herido por la directa alusión de las palabras de Marcelo, extrajo de entre las brumas de un incipiente achispamiento estas vacilantes apuntaciones:

"Prescindir del ardimiento tempestuoso de la libido es hurtarle al amor de su vivificante esencia, porque sin el halago de las caricias quemantes no puede alcanzarse la excelitud de la unión de dos sentimientos. Juntar dos sentimientos sin la palpitación de los irreprochables deseos apasionados, es como mantener una intrascendente conversación entre dos amigos. Por eso yo con la divorciadita me llevo de maravilla".

Sus últimas palabras dejaron unánime sensación risueña de imprecisa valoración a sus opiniones.

Leonardo llegó retrasado, desviando el rumbo de la conversación. Yo, felizmente, no intervine antes. Si lo hubiera hecho, seguramente habría surgido transparente el amor por Camila, mostrando mi afección pletórica de ternezas en busca del agasajo de su abrazo de perennes emociones que entibian el alma y hacen florecer los ensueños. Así quedó resguardada en mi interioridad la extraña dulzura de mis aflicciones, esperando el milagro de su vecindad fecunda de ilusiones.

Leonardo venía de alguna fiesta, pues su euforia revelaba la ingestión prematura de algunos tragos, suficientes para exultar su ánimo. Con amplia sonrisa acunada en sus gruesos labios comenzó festivamente diciendo: "Los veo muy solemnes y compungidos, como en un entierro. Levanten el ánimo muchachos, porque les traigo la buena nueva de que el Banco Central está otorgando divisas para estudios en el exterior. Es cuestión de un padrino que nos ayude y quién sabe si podríamos ir a París, sueño dorado de todos los intelectuales y artistas".

La noticia promovió desordenados comentarios, creando un confuso ambiente que se fue apagando en agonizantes ecos, permitiendo la reanudación de la intempestiva información: "Dentro de un año, cualquiera de nosotros estaría habilitado para obtener el beneficio, pues para ello se requiere la condición académica de Licenciado de la Carrera". La complementación ilustrativa agitó nuestros pechos, fomentando esperanzas alentadoras a la inquietud de nuestras aspiraciones intelectuales.

La situación económica del país, crónicamente feble en sus finanzas públicas, manejaba a través del Banco Central una cotización preferencial del dólar americano para ciertos objetivos, entre ellos para mantener los gastos de los estudiantes en el exterior. El mecanismo era muy simple. El Banco otorgaba una cierta cantidad de dólares al precio oficial que era extremadamente bajo con relación a la cotización del mercado paralelo, donde se vendían los dólares dejando un rendimiento suficiente para cubrir el costo de los dólares otorgados por el Banco. Este dichoso sistema, convertía, por la magia mercantil, a los estudiosos desmonetizados en privilegiados becarios.

Atiborrados de proyectos ilusorios que removían nuestras neuronas, parlotéábamos sin orden ni concierto sobre los aromados campos de Francia, sobre sus monumentales museos, sus

amplios bulevares, su torre Eiffel, y, por cierto, sobre la dulzura de las parisinas y sus supuestas fragilidades.

Las alborotadas divagaciones no podían estar ausentes del veloz caleidoscopio de los impresionistas, de los cultores de los "ismos" de vanguardia, de la sombra de los poetas malditos, de la imagen de Notre Dame, de los Gide, Proust, de Ravel, Debussy y de todo ese maravilloso mundo que podía empaparnos de luz, experiencia y sabiduría.

Ahí se quedaron nuestros sueños en una prolongada pausa de meditación que nos rindió en fugitiva melancolía, acentuada por los efectos del alcohol y la asfixia del humo.

Aliviado de la fiebre de mis ensoñaciones sobre Europa, les comenté que estaba leyendo una novela, con un fragmentalismo confuso y atrevidas licencias narrativas extravagantes, deformadoras de la lucidez de la trama. Me atreví, con entusiasta voz decidida, a opinar: " Pienso que ya es tiempo de que los narradores procuren ser claros, sin mengua de la elegancia de su estilo, ni de la ausencia del propósito de promover el goce y placer intelectual. Pero si el lector se encuentra atrapado en un laberinto de confusiones que derrotan su interés, opta por abandonar la lectura para abreviar su desconcierto y frustración. La renovación de la novelística latinoamericana en sus procedimientos y recursos literarios es laudable cuando no entorpece la transparencia comunicativa de la expresión. Los narradores no deberían desdeñar, con sus ejercicios excéntricos, a sus principales aliados que son los lectores. Pienso que la originalidad e innovación de los recursos narrativos, si no están afectados por la obscuridad ininteligible, son la mayor conquista de la creación literaria". Inquieto por participar, Marcelo, con inspiración pedagógica, expresó apasionadamente: "Las innovaciones narrativas son refrescantes de la monotonía tradicional, encerrada en desgastados estilos rutinarios. Por ello, los nuevos aires de la narrativa tienen la plenitud atrayente de cautivar al lector incorporándolo activamente en la atmósfera novelística, despertando sus facultades inquisitivas, deductivas y exploratorias. Creo que el libro mayúsculo abarcador de estas sugerencias es el Ulises de James Joyce, novela, a no dudar, influyente de la narrativa ulterior a su aparición en 1922".

Con cierta irritación desafiante me apresuré a responderle: "Querido Marcelo pienso que la mayoría de los novelistas se ha alimentado de las migajas que ha dejado el espléndido banquete del Ulises, pero estoy convencido de que es un libro desconcertante, divagatorio, de difícil cuando no imposible comprensión de su texto fragmentario afectado de audaces licencias perturbadoras. Su extravagancia ininteligible ha deslumbrado a muchos, como todo misterio incitativo a descifrar las luminosas claves y los escondidos secretos.

La perseverancia escrutadora de algunos de sus críticos ha encontrado valores significativos en sus largos fragmentos, sin puntos, comas ni mayúsculas, en sus formas de inconexión, en sus frases asociativas y en sus expresiones de simultaneidad que hacen penosa e insufrible su lectura. Al margen de sus virtudes insondables afloran indudablemente anticipaciones y aplicaciones de algunos de los estilos de los diversos "ismos" que igualmente suelen conducirnos a un estado de perplejidad. De cualquier manera, creo que el Ulises ha resultado una inagotable fuente de provocativas sugerencias, aun independientemente de la calificación de Jung, como libro de esquizofrenia".

Felipe terció en el cordial desacuerdo con dirimitoria intención: "Rasgando la superficie ardua del Ulises, encontramos el venero sugerente de onomatopeyas, neologismos, y abstractas verbalizaciones como las del futurismo. En realidad tuvo la atrevida virtud de plasmar en la prosa narrativa las modalidades del cubismo, del futurismo, del dadaísmo y aun todavía de los estilos devenidos posteriormente como el surrealismo y el creacionismo. Estoy de acuerdo en que hay que perseverar mucho para descubrir algunas insondables claves secretas, imposibles de elucidar con los razonamientos del pasado. Debo, sin embargo, añadir que la legión de imitadores, amargan la paciencia de los lectores con el frustráneo esfuerzo de sus tentativas. Sin embargo de todo, concluyo en que la claridad, portadora del placer intelectual, debe prevalecer en la prodigiosa relación del creador con el lector".

Me confortó salirme del enredo que podía tornarse en discusión beligerante, sugiriendo, previo seco, llevarlos a casa para escuchar un poco de música de jazz y tangos.

Todos éramos muy adictos a la música clásica, pero gozábamos también con el jazz de Glenn Miller, de Artie Shaw, de Harry James, de Benny Goodman, Louis Armstrong y de otros de esta estirpe.

Admirábamos los tangos por sus poéticas letras. Así, nos conmovían placenteramente las letras de Enrique Santos Discépolo, Enrique Cadícamo, Homero Manzi y otros consagrados en la lírica argentina.

X

LLEGÓ EL DÍA marcado para indagar con prudente astucia pero con sincera devoción, los escondidos sentimientos de Camila.

Con la puntualidad impuesta por mi temblorosa inquietud estuve tocando el timbre de su casa a la hora convenida. Curiosamente, me abrió ella misma la puerta, como denunciando ostensible interés por mi llegada, lo que alborotó mi corazón envolviendo mis ilusorias ansiedades.

Me impresionó la pulcritud elegante de los muebles. En el salón, con amplios sillones tapizados de fina tela floreada, un brillante piano negro Steinway de cuarta cola se destacaba junto a un vistoso tocadiscos. El conjunto tenía una señorial apariencia delicada, junto a un par de mesitas de madera reluciente, integrantes del mobiliario.

Nos sentamos lado a lado con espontánea llaneza, libre de ceremoniosas afectaciones. Yo temblaba íntimamente con placentera emoción. Al ver la tan cerca, sentía su respiración entrecortada y percibía el aroma de su piel despertándome agradables sensaciones enlazadas a su invicto recato y pudicia.

Miraba sus ojos azules fingiendo un mar apacible, que sin embargo agitaba el ritmo de mi corazón desenfrenado. Rompí el silencio exaltando los encantos de su rostro de madona renacentista como concebida por el pincel de Boticelli. Ruborosa, queriendo, según ella, mitigar excesos laudatorios, me dijo: "estoy contenta de sentirme amada pero todavía no estoy decidida a aceptar la declaración de tus sentimientos, me encanta que seas mi amigo".

La aparente rotundidad de su prudente rechazo, mantenía un resquicio esperanzador, premonitorio de su capitulación. La frase "todavía no estoy decidida", conllevaba una revelación subconsciente de promisorios presagios. Así, el inicial desánimo se trocó en estimulante optimismo.

Mientras hablábamos animadamente de música, pues me enteré que había estudiado piano desde sus siete años, en ademán impensado se estrechó mi mano con la suya, como en deliberada intención mutua. Su mano languidecía como una blanca paloma desmayada en la palma de mi mano tremante de dichoso aturdimiento.

Seguimos la conversación, tomados de la mano sin que ninguna actitud elusiva de retirar la suya, ofendiese mis tiernas emociones, palpitantes hasta la yema de mis dedos que acariciaban la tersura de su piel, con cauteloso deleite pudoroso.

Cuando en la conversación me llamó Mateo, creí oportuna la confianza esclarecedora del nombre y el apellido. Me escuchó atenta y desconcertada, comentando laudatoriamente el ingenioso encubrimiento de la declaración amorosa. Un fugitivo rubor, como la iluminación de la aurora, cubrió su rostro donde se dibujaba una sonrisa de cierta picardía teñida de vanidosa

complacencia. Tímidamente, con generoso sigilo, abandonó mi mano donde quedó impregnada su tibieza consoladora. Improvisé una fugaz opinión sobre Sibelius para llenar una pausa deprimente, mostrándole mi interés por algo apasionante para su espíritu cuya afinidad con el mío pretendía poner en evidencia. Consideraba que era un músico sombrío de dominante inspiración melancólica y amarga. Imaginé más ilustrativo de mis impresiones un poema que había escrito hacía tiempo y que lo repetí con fiel rememoración:

Como un río espeso y misterioso
inunda nuestra piel
y nuestra sangre florece en borbotones
rosas de pena y luto.
Aviso cauteloso de un secreto insondable
que se resuelve en treno.
Laceración de queja,
coágulo en abandono.
Geografía de la desolación
y el desamparo.
Sombrías notas tiemblan en el alma
como cirios quemantes y perennes.

El poema cobró algún interés con mi voz, esmerada en darle una cadencia patética, penetrante del íntimo sentido de las palabras traductoras de la tristeza, la angustia o el abatimiento lastimero que recorre en la hondura de las notas de sus sinfonías, de Karelia, Finlandia o de su Vals Triste.

Visiblemente emocionada, Camila, sin ánimo de competencia, pero con probada capacidad, discurrió brevemente sobre Sibelius, añadiendo que también tenía composiciones para piano, alguna de las cuales, ejecutaría ella cuando fuera la oportunidad propicia.

En imprevisto corolario de sus palabras envueltas en agitado entusiasmo, me tomó ambas manos con deliberada intención afectuosa. Este gesto ternuroso afianzó mi tranquilidad, llenándome de una exultante emoción, acaso premonitrice del fascinante prodigio del amor que por fin llegaría calmando las aflicciones y enriqueciendo mi espíritu impaciente. Quebrando la tímida prudencia me atreví a abrazarla sin encontrar resistencia. Por el contrario, su temblorosa actitud, imprevista de permanecer en mis brazos, denunció su indulgencia placentera, en muda revelación.

La vecindad de su cuerpo electrizó el mío con una gozosa sensación donde se alternaba una ternura pudorosa y un tímido ardimiento sensual. Pensé que algún impulso ostensible de extraño vencimiento voluptuoso, ofendería su pureza inmaculada, de modo que abandoné su cuerpo con sagaz estrategia, preservadora de cualquier rechazo que lo presentía inminente.

Busqué serenarme sugiriéndole la ejecución de alguna pieza en el piano. No se negó y con desenvuelta deferencia se dispuso a tocar, advirtiéndome que se trataba de una composición breve. Cuando comenzó reconocí la melodía de "Canciones que me enseñó mi madre" de Dvorak. Ignoraba que fuera una pieza escrita para piano o que existiera alguna transcripción para el instrumento, lo cierto es que la dulce melodía, impregnada de tristeza, dejaba el eco de sus arpeggios melancólicos en la diestra digitación impresa por la refinada sensibilidad de Camila, quien dejó en mí fervoroso suspenso con la fascinación de su arte.

La música disolvió los nacientes fuegos de mi sensualidad, perviviendo solamente las ternezas de una emoción encadenada aún más fuertemente a Camila.

Me impresionó el laconismo de sus palabras que infortunadamente dejaban escondidos sus sentimientos, apenas demostrados con moderación prudente que me dejaba una estela de dudas e incertidumbres. Parecía poseído de un sentimiento de inclinación masoquista porque gozaba con este amor de vagas expresiones afectivas. De cualquier manera, nuestro vínculo

parecía irrompible después de una aproximación en la que su dulzura y tibieza se me habían entregado con precauciones, sin llegar a la intimidad de los gemidos deleitosos.

Después de pulsar la última nota del piano, Camila, consultando su reloj de pulsera, advirtió que eran cerca de las nueve. Delicadamente me dijo: "Es un poco tarde, te ruego que te vayas. Te esperaré pasado mañana. Podemos vernos tres veces por semana. Si te parece bien los lunes miércoles y viernes a la misma hora".

Una muda plegaria de agradecimiento perduró en mi espíritu, mientras, resignado, le expresaba sincera conformidad con su determinación que la encontraba inapelable aunque también generosa. "Me parece muy bien, querida Camila, afortunadamente ya está próximo el fin de semana", le dije, aliviado del incómodo trance de la despedida cuya iniciativa surgió de ella con simpleza casi maquinal, pues tomándome ambas manos me entregó su mejilla para un beso que acabaría dándose con amigable apariencia, a pesar del amor que me invadía con turbadora fidelidad.

Salí de la casa pleno de exultación por la precaria victoria que abría algún sendero promisorio para el encuentro con la mejor de las felicidades, la del amor. Ya se sabe que a los enamorados les basta, para colmar sus goces sentimentales, apenas las más ligeras y breves aproximaciones.

XI

APESAR DE LA LENTITUD de las horas abarcadas por mi impaciencia anhelante, el día lunes llegó con sus secretos e imprevisibles vaticinios.

Caía una lluvia fina, típica de los agónicos días del verano. Me apresuré para protegerme en el alpendre del pórtico de la casa de Camila. Como la primera vez, me abrió la puerta ella misma con una radiante sonrisa y un cálido "hola" de bienvenida que me invadió como la música augural de una primavera de tibiezas que envolvía su cuerpo.

Nos sentamos en el mismo sofá que aún parecía mantener el calor perpetuo de su piel lozana de tersura adolescente. Me ofreció un café, ordenado a la empleada tras mi aceptación.

La tertulia discurrió por los meandros de una frivolidad matizada desordenadamente de alusiones a los encantos de Camila que ella los asimilaba con orgulloso engreimiento, mientras, animado por una exultante confianza, le tomé las manos, entregadas sumisamente como reiterando su complaciente transigencia.

Conversábamos, pero yo atinaba a expresar apenas algunas respuestas, pues mi pensamiento vagaba por otros caminos ilusorios avivado por la estrecha proximidad de ella, que me miraba con cierta perplejidad y desconcierto al advertir el sentido de mis palabras emitidas maquinalmente. Es que mientras ella hablaba, mis imaginaciones inspiradas en su propia presencia, circulaban erráticas y gozosas forjando quimeras que halagaban mi espíritu.

En esfuerzo consciente de apartar aquellas ensoñaciones, recuperé la simplicidad de mi realidad, rodeada del esplendor de su figura encarnando la promesa de un amor que se reflejaba en las incipientes reacciones sentimentales de Camila. La abracé con decisión, y, aún más, con tremulante emoción, nos unimos en un beso prolongado, como marcando la consumación de un sueño latente en mis ansiedades, y, acaso, también agazapado en el limpio candor de las impaciencias de Camila.

Ningún comentario rubricó la dulce entrega de sus labios de fresca granada, cuyo sabor invadió la plenitud de mi ser, envolviéndolo de una imprevista delectación de tímida sensualidad.

Me quedé contemplándola. Ese rostro que ya conocía en todos sus hermosos detalles, seguía, sin embargo, revelándome nuevos rasgos que se unían eurítmicamente para resaltar su dulzura iluminada por los azules ojos de mar tranquilo, reflejo de su resguardado recato.

Extrañamente comedida, acaso para vencer el trance del beso inesperado, se apresuró a recoger las táticas de café a momento que me decía: "a ver si quieres escuchar alguna pieza, podría ser alguno de los Impromptus de Schubert".

Regreso al Instante. Advertí su disposición para sentarse en la banqueta del piano. Aunque me interesaba oírla porque realmente era una pianista aventajada, pensé que el poco tiempo faltante para la prevenida hora de partir me impediría explorar radicalmente sobre los designios de su afecto insinuado en el repentino beso esperanzador. Mi extraña exigencia sentimental invocaba secretamente la veracidad de que Camila desvelara, con palabras, sus genuinos sentimientos, tímidamente expresados.

La invité cortés y suplicante a sentarse al lado mío, abreviando la impaciencia que me aturdiría. Se aproximó con naturalidad, irradiando el calor de su cuerpo que atravesaba la tela sedosa de su vestido estampado. Sentí el arco de su cintura en el abrazo decidido por una voluntad cegada por intempestivos impulsos apasionados. Ella, sin alterarse, secundó la caricia poniendo sus manos en mis hombros. Interpreté el ademán como una incitación a un beso que llegó sin preámbulos dilatorios. Nos besamos, esta vez, con ostensible emoción apasionada.

Tras la sublime unión de nuestros labios, la seguí besando en las mejillas con las manos hundidas en la dorada cascada de sus cabellos, donde parecían estar enredadas todas mis ilusiones. No me atreví a acariciar su busto, tembloroso de redondos tabúes florecientes de esos dos breves capullos que me hacían vacilar con recurrentes tentaciones voluptuosas, contrarias a la pureza de mis designios embebidos de espiritualidad. Un meditativo silencio prolongado clausuró nuestras recíprocas caricias inquietantes. No hubo insinuaciones recriminatorias a la espontaneidad de mis actitudes. Todo sucedió con la simplicidad de un encuentro sin arrepentimientos ni escabrosas solicitudes.

Me asombró la quietud de mi espíritu, tras el acercamiento más placentero experimentado en la brevedad de esta relación con Camila. Esperaba la resurrección de los impulsos turbadores, orientándome a la consumación de tentaciones latentes, pero los residuos de mi virtud preservadora de su recato, se imponían con resignada templanza. Esta contienda entre mis descaminadas experiencias de los amores fáciles y las nuevas emociones de un sentimiento teñido de decorosas prudencias, me dejaba una tranquilidad vecina al encanto puro de mis ensoñaciones. Sin embargo, estos misterios del alma son tan confusos que nuestras reflexiones no se abastecen para guiar atinadamente nuestra vacilante conducta.

El timbre amable de su voz quebró mis íntimas cavilaciones: "Aunque ya es la hora en que debieras marcharte, quiero decirte que hoy saldrán a cenar mis padres con sus amigos. Si quieres puedes quedarte algunos momentos más. Así podría tocar el piano".

En rara complicidad indeliberada a mis secretas ansiedades, llegó su proposición como generoso veredicto que acaté con silenciosa gratitud, diciéndole entusiastamente: "Qué maravilla que podamos estar unos momentos más" añadiendo con cierto tono de segundas intenciones, "así, querida Camila, también podré oír el prodigio de tus interpretaciones musicales". Sonrió dulcemente captando la malicia leve de mis palabras.

Nos sentamos y, casi maquinalmente, sin propósitos preconcebidos, ahorrando palabras incitativas o preventivas, nos abrazamos y besamos con una pasión restringida por ciertas reservas prudentes. Sin embargo, el rescoldo de mis caricias vehementes me hizo imaginar el sublime concierto de la intimidad, cuyo renunciamiento parecía innoble y ofensivo a mis ambiciones amorosas, mezcladas confusamente de pudorosas continencias y ardientes tentaciones.

Reprimí el aliento, en el borde de una claudicación peligrosa que podía arriesgar la púdica cordura de Camila. Era una consciente contribución cautelar a la nobleza de los sentimientos que nos unían. Delicadamente, como quien percibe la transmisión de un pensamiento, se liberó de mis brazos, pretextando tocar la pieza cuya ejecución impedí anteriormente.

Sus bellas manos, posadas en el teclado, iniciaron con diestra solvencia las primeras notas de un Impromptu de Schubert. Resultó ser el número 3, es decir el penúltimo de los impromptu del Opus 90.

Las lentas cadencias iniciales ostentadas por el acompañamiento persistente de los acordes graves, reiterados con una sublime terquedad armónica, permitían discernir la melodía de las notas agudas, en una sucesión melancólica de profunda sentimentalidad. La intensidad penetrante de su delicada melodía, cautivaba el alma con un lirismo que hacía soñar en los paraísos deleitosos del amor, dominados por la ternura. Las notas, en cristalinos arpeggios y sucesivas pulsaciones de sutiles sonidos, caían como gotas lacerando emotivamente el nostálgico suspenso.

Cuando terminó la ejecución, mi sentimiento henchido de una euforia lindante con la felicidad, me indujo a abrazarla y besarla con admirativo cariño que reconcilió vivamente mis ensueños con esta embriagadora realidad.

Miré el reloj e imaginé que podía quedarme algún tiempo más. Ella, como intuyendo mi intención, se sentó ausente de simulaciones convencionales y me dijo: "podemos conversar hasta que lleguen mis padres", añadiendo dubitativa: " Aunque preferiría que vengas mañana a la misma hora de hoy, porque no quisiera que te encuentren aquí estando yo sola". Hubiera querido quedarme más, pero entendí que no había que empeñarse en lograr una demora con insinuaciones impertinentes. De cualquier modo, no estaba previsto que la vería al día siguiente, luego, valorando su proposición inesperada, la acaté sin réplicas inútiles e inoportunas.

Me despidió en la puerta con un furtivo beso en la boca, dejándome en los labios el sabor de la lealtad de sus sentimientos candorosos.

Rumbo a mi casa, vagaban en el dédalo de mis recientes emociones las deliciosas circunstancias vividas, como una grata serial halagadora del espíritu envanecido de la triunfal evidencia de mi amor.

Libre de sobresaltos y embargado de serena quietud, tentaba conciliar el sueño tras de mi acostumbrada sesión de lectura nocturna en la cama. Con la anestesia de las evocativas complacencias, me fui hundiendo en un sueño blando y sosegado.

La mañana, con sus luces radiantes aboliendo el amanecer, me conminó a despertar, irritado por la obligación de asistir a la temprana clase universitaria.

Pasaron las horas del día con su pesadez tediosa agobiando mis tareas administrativas.

Por fin, se ocultó el sol en medio del incendio vespéral que dibujaba sus abstractos teñidos intensamente. Era el afortunado preludio de la noche henchida de augurios deleitosos.

No le extrañó mi puntualidad cuando abrió la puerta y me saludó, con cariñosa deferencia, cautelando su extremada familiaridad diferida, supuestamente, para los siguientes minutos. No me llamó la atención su prudencia, pues la empleada o sus padres podían sorprendernos en inusual recibimiento colmado de besos y caricias. Yo, para todos los de la casa, era apenas un amigo universitario sin pretensiones galantes. Los padres de Camila ni siquiera me conocían y seguramente no habrían querido conocerme para no legitimar, con una incipiente amistad, una implícita aquiescencia a sentimentales pretensiones. Estas fugitivas deducciones, nutridas de temores e impacencias, se disolvieron venturosamente cuando, al ingresar a la sala, Camila me

abrazó por la espalda como invitándome a un beso que llegó a sus labios con el calor de mi latente pasión, siempre agonizante en tibias ternezas, bajo el dominio obstinado de mi templanza preservadora de su pureza.

Reflexionaba con frecuencia sobre la relación de Camila con sus padres, de quienes no habíamos hablado nunca. Intrigado por esta demorada tentación, decidí preguntarle inopinadamente sobre ellos. Algo sorprendida, me refirió que su padre era un ingeniero italiano de minas que llegó a Potosí para trabajar en una de las empresas de la Patiño Mines. Allí conoció a una joven llena de encantos, hija de un poderoso minero. Ella había estudiado música en Chile, frustrando sus estudios en media carrera, inducida a retomar al país por las nostalgias hogareñas que influyeron en su definitivo renunciamento. Allí, en Potosí, se habían conocido el joven ingeniero y la frustrada concertista. Un breve idilio había culminado en matrimonio.

Participando vivamente dijo: "Después de unos pocos años se radicaron aquí, en La Paz". Como agotando su forzada referencia con un suspiro de alivio, concluyó: "Ahora, aquí me tienes con mis dieciocho años y mis proyectos universitarios".

Camila había estudiado piano en el Conservatorio, paralelamente a su primaria y secundaria. Su formación musical académica se fortaleció, según ella decía, "por el perseverante auxilio de mi madre". Al parecer, la severidad magisterial de su madre perfeccionó la aptitud sobresaliente de Camila, que ejecutaba el piano con distinguida capacidad de verdadera concertista. En realidad, su madre había proyectado que culminase su formación musical en el exterior, pero, como siempre ocurre, la caprichosa tenacidad de Camila, fundada en una supuesta vocación abogadil, quebró las esperanzas maternas, disueltas en tolerante conformidad.

Camila era hija única, con alguna parentela de tíos y primos de entre los cuales sólo su primo Juan, joven abogado que vivía en Lima, visitaba ocasionalmente a la familia.

Sus revelaciones, expuestas con afable espontaneidad, culminaron en una oficiosa confidencia desconcertante, cuando expresó que mi presencia implicaba un halago especial a sus sentimientos no dispuestos a superficiales desvaríos fugitivos. Entendí que su corazón tumultuoso abrigaba la intención de un amor serio, consolidado en matrimonio. De cualquier forma, no parecía ser yo el elegido para un proyecto tan comprometedor, aunque mis ansias pudiesen derrotarme no obstante la precariedad de mi condición de estudiante sin fortuna, y apenas con un trabajo remunerado de franciscana moderación.

Preferí ignorar la velada advertencia, que afortunadamente no amenguaba notoriamente ninguna de sus expresiones afectivas, traducidas en cálidos halagos.

Terminado el relato sobre su vida familiar, conversamos animadamente sobre música, tema recurrente que movía nuestro recíproco interés.

Embelesado con la contemplación hipnótica de sus ojos, no me cansaba de explorar con fruición los detalles de su rostro, signado con el esplendor de una belleza que deslumbraba mi ánimo. La insinuación de su sonrisa, exhibida con cierta picardía sensual, me transportaba por impacientes sensaciones de ternura mezclada de torpes acechanzas pasionales, dominadas con la sagacidad de mi cautela.

Su esbelto cuerpo, que inundaba de candente placer mis sentidos, temblaba al contacto de alguna caricia como un junco agitado por el viento.

El encanto de esta prodigiosa realidad no adormecía los ensueños que flotaban ansiosos envolviendo la imagen de Camila, sutilmente sumisa a la moderación de mis dilecciones.

Acariciando su cabeza apoyada en mi hombro, le rogué que pudiera tocar alguna pieza musical, como quien le daba una pausa de sosiego ante mis afectuosas acometidas.

Abandonada conscientemente al extraño milagro de la música que la hacía vagar por el mundo de los ensueños, Camila comenzó a ejecutar, con delicada pulsación de las notas, el "Claro de Luna" de Claude Debussy. Pletórico de orgullo y secreta vanidad por sentirme ligado a ella, escuchaba la ejecución de esa obra de sentimentales resonancias y hondo lirismo. Cuando terminó de tocar, le dije que yo había escrito un poema inspirado en esa composición. Me pidió con un acento casi imperativo que se lo recitase. Yo tenía, en mi bolsillo algunos poemas donde estaba precisamente este. No era casual. Lo tenía con la expresa intención de que conociera algo estrechamente vinculado a su arte. Sin mayores dilaciones, comencé a leer:

Paisaje imaginario,
iluminado por el plenilunio
de arpegios confidentes y apacibles
recorriendo la piel hasta el latido intenso
refugiado en lo recóndito del alma.
Incitación melódica
a taciturnas añoranzas melancólicas
de escondidas sensaciones
hundidas en la médula
de las ensoñaciones.
Insinuación de mudos sentimientos
asomando en la tierna sonoridad
de las notas sosegadas
repartidas como silabario
de los íntimos recuerdos.
Tremulantes sonidos
condoliéndose
de los anhelos cercenados.
Tonalidades como espinas
lacerando
nostálgicos recuerdos desteñidos.
Insistentes notas singulares
desgranadas en la fibra vital
de los sueños Perennes.
Suaves gotas sonoras persistentes
redimiendo el dolor
de las angustias encubiertas.
Rayo de luz
en el sombrío paisaje
del amor indeciso
descifrando la clave
de sus ansias dormidas.
Soledad lastimera
de lágrima doliente
en el obsesivo pulso de las notas
adormeciendo los recuerdos.
Luna limpia
brillando como caricia insomne
para el palpitar del
enigmático corazón despierto.

Terminada la última palabra del poema sentí el brazo de Camila rodeando mi cuello como inesperado signo de aprobación laudatoria. Acercó su voz quedamente a mi oído y me dijo con emocionado aliento: "Me ha encantado. Expresas bien al decir que es una música incitadora de tristes y apesadumbradas añoranzas". Envanecido íntimamente, le agradecí, fingiendo alguna modestia que suele ser la forma más grosera del engreimiento y la fatuidad.

El tiempo pasó entre caricias, música y poesía. Llegó la hora de partir. Con un beso cariñoso, desnudo de febriles palpitaciones, estaba en el trance de la despedida, cuando Camila, espontáneamente, me dio el número de su teléfono, previniéndome que solamente debía llamar a las horas en las que se presumía estaba ella en casa. Recomendó, sin justificación aparente, no dejar encargos ni recados. Quedé desconcertado por la curiosa prevención, pues intuía que sus padres sabían de mis visitas, cuya tolerancia estaba implícita.

Me encontraba tan lleno de contentamiento que proscubí de mis recelosas aprensiones la inútil restricción precautoria.

Este breve tiempo de la relación con Camila le había dado a mi vida un nuevo rumbo de halagüeñas sensaciones. La proximidad de mis ensueños a los goces inefables de mi realidad, habían dejado en mi espíritu un poso de sosiego y optimismo, aboliendo tedios y desesperanzas.

XII

LLEGUÉ A LA REUNIÓN cuando los rosados resplandores agonizaban en el atardecer. Aprovechando de la tibieza del ambiente, los amigos reunidos en el bar del Prado estaban bebiendo unas cervezas. Tomé mi asiento, animado de un entusiasmo perceptible que le hizo exclamar a uno de ellos: "¡Cómo se te ve de contento!". Efectivamente, el alborozo interno por los resabios dichosos de las secretas complacencias con Camila, parecían dibujarse vivamente en la amplitud risueña de mi cara.

Todos estábamos con esa codicia que apura los "secos", acaso no sólo para mitigar la sed, sino para buscar subconscientemente el eufórico achispamiento, estimulante a la conversación sin impedimentos convencionales.

Inventamos un juego de adivinanzas para obligar a beber a los renuentes. Así, no se tardó mucho en lograr un colectivo entusiasmo que aflojaba las lenguas y aguzaba los ingenios.

Marcelo, inclinado por su naturaleza intelectual a evocar sus experiencias revolucionarias en su condición de crónico sedicioso, inconforme beligerante con las autocracias castrenses, pretendió relatar su participación en los cruentos episodios revolucionarios que epilogaron con el colgamiento del Presidente Gualberto Villarroel en un farol de la Plaza Murillo de La Paz, pero Felipe, con cordial cortesía le dijo: "Hermano, eso lo dejaremos para después. Ahora estamos contentos, no vale la pena amargarnos recordando las macabras muertes de aquella poblada". Marcelo replicó sin alterarse: "Bueno, ya que los señoritos están hoy sensibles al dolor postergaré mi relato, para no anublar sus alegrías"

Intervine proponiendo un "salud" que aflojaría las tensiones inminentes. La forzada pausa del frescor de la cerveza, cambió el rumbo de la conversación.

Leonardo sacó una gruesa carta de su bolsillo, dirigida por el pintor Jorge Carrasco Núñez del Prado, común amigo nuestro. Le había mandado una serie de fotografías sobre su obra mural realizada en Francia, haciéndole una serie de explicaciones complementarias y rogándole le hiciera una nota periodística. Leonardo nos leyó el artículo aunque solamente la parte estimativa de la obra, pidiéndonos nuestro parecer:

"Jorge Carrasco, al postergar el caballete, realiza en Francia una monumental obra pictórica mural. La iglesia de Menoux (Indre) en Francia, ha cobrado notoriedad porque, en su interior, cerca de 450 metros cuadrados están cubiertos de pinturas llameantes de violentos colores que iluminan bóvedas y muros, consagrando una impresionante concepción religiosa de enfoque y resolución modernos.

Los frescos de Menoux constituyen la visión gigantesca de un universo construido por Carrasco al amparo de una genial inspiración que se prolonga, sostenida y palpitante, por espacio de los largos años que dura su ejecución.

El Cristo Crucificado, pintado sobre el altar mayor, preside el complicado mundo de color donde se distingue, surgiendo del caos y lo desconocido, la visión individual del purgatorio y el paraíso.

Concepción personal que plasma en su lenguaje de formas y colores la sacra ideología religiosa del catolicismo.

En medio de un estallido deslumbrante de color, surgen figuras humanas escuetamente diseñadas que se destacan por su fuerza y dinamismo, concordante con toda la obra que semeja una constelación de elementos confusamente figurativos de intención simbólica y de otros meramente abstractos de intenso poder de sugerencia. Obra monumental que agrupa y relaciona, con esclarecida coherencia, diversos aspectos que vibran plásticamente en la unidad de un concepto de fe, expresado con talento creador y temperamento artístico".

Leonardo hizo una pausa relativamente prolongada que coincidió con el punto final del meollo del artículo. Nuestra expectación considerada se disolvió en estimulantes expresiones laudatorias. Felipe añadió, sin embargo, con amable insinuación crítica, que era importante una complementación valorativa sobre su pintura figurativa de impulso social, a fin de ilustrar sobre el proceso de cambio de su estilo. Leonardo replicó sin inmutarse "apenas he leído una parte, por cierto que menciono y analizo su pintura social".

Ya habíamos consumido varias cervezas y sus etílicos efectos trepaban sigilosamente animando nuestra locuacidad de anárquica inclinación. Sin embargo, la experiencia y entrenamiento en los meandros de una bohemia sistemática, matizada por el pensamiento y la palabra, no nos conducía a las desproporcionadas fronteras de la embriaguez intolerable.

Marcelo creyó encontrar una pausa propiciatoria para su revelación revolucionaria y atacó con su caudalosa facundia: "Se acordarán de que la Universidad era la orientadora del alzamiento social de 1946, oportunidad en la cual yo desempeñaba un cargo en la Federación Universitaria. La ciudad despertó el 21 de julio con una nevada extraña a su condición climatológica, pues nunca nieva en La Paz. Parecía un premonitorio anuncio de convulsión de una colectividad agitada por los acontecimientos espeluznantes de los fusilamientos seguidos a algunas frustradas sediciones y, sobre todo, a la matanza de senadores y otros hombres ilustres. Ya saben que algunos fueron fusilados cruel y bárbaramente, habiendo sido arrojados sus cadáveres al abismo de los barrancos de Chuspipata en el camino a los Yungas paceños. Todas estas muertes no sólo promovieron un colectivo sentimiento de congoja, sino una pública condenación al gobierno, transformando la irritación dolorosa en encubierta maquinación subversiva. Así, el día 21, con misteriosa confabulación, surgieron espontáneamente grupos aislados que se fueron juntando con decidida actitud insurgente. A mí me tocó atacar con diez universitarios la Intendencia Militar, donde apenas había un par de guardias amedrentados por la agitación popular que se extendía por toda la ciudad en la que hubo asaltos a los diferentes centros militares. Nosotros nos apoderamos de diez fusiles y además teníamos munición proporcionada por la gente que salía de sus casas con solicitud coadyuvante de la convulsión revolucionaria. La mayoría se subió a los cerros desde donde disparaban al Palacio de Gobierno y a los Cuarteles. Muchos militares defeccionaron colocándose las gorras con la visera a la nuca, como distintivo de su adhesión a la causa del pueblo. Mientras seguíamos disparando con cierta desaprensión irresponsable, ya había sido tomado el Palacio y muertos Villarroel y Uría, cuyos cadáveres fueron arrojados por el balcón de la calle Ayacucho. Luego, los cadáveres pendían de los faroles de la Plaza Murillo en un trágico escenario macabro y conmovedor. Pero una experiencia personal, aun más dramática, la viví cuando el 21 de septiembre del mismo año, una turbamulta armada extrajo del Panóptico al Mayor Eguino y al Capitán Escobar para colgarlos en la Plaza. No me explico cómo aparecí, arrastrado por la multitud, frente a Eguino que se esforzaba por sacarse del cuello la soga que algún malvado

insistía en ponérsela para consumir los despiadados designios. Después ocurrió que, en dos oportunidades, se rompió la cuerda hasta que alguien, con un residuo compasivo, le disparó dos balazos de revólver. Tuve oportunidad de hablar poco antes con este infortunado ex-Jefe de la Policía de La Paz. Su turbación en el episodio premortal era conmovedora al punto que para mí, se disolvieron piadosamente los recuerdos de su violenta administración policial".

Como supusimos, el acento patético de las expresiones de Marcelo acabó por enternecernos, aplacando el ánimo festivo de nuestros lúdicos subterfugios para beber inexcusablemente.

Un murmullo confuso subrayó clemente el epílogo de la evocación lastimera de Marcelo.

Ya estaba muy avanzada la noche y resolvimos recogernos a nuestras casas, tras un unánime "seco" de la espumante bebida.

XIII

POR PRIMERA VEZ escuché su voz en el teléfono durante una llamada premiosa en el horario impuesto por su capricho inescrutable. No advertí inquietud alguna en la dulzura de su voz, conciliadora de mis desvelos henchidos de felicidad. Pocos minutos después de nuestra breve conversación telefónica ya estuve en su casa.

Con una audacia que nunca hubiera presentado tener, la besé y abracé a mi llegada antes de esperar la privacidad de la sala, donde al ingresar volvimos a besarnos con franca espontaneidad, sin fingimientos ni disimulos.

En el sofá de costumbre nos sentamos, en muda complicidad con nuestras emociones empecinadas en sentir el deleite de las caricias aprisionadas por la fragilidad de nuestro recato.

Comenzamos a conversar para amainar nuestra eufórica nerviosidad.

La charla era interrumpida frecuentemente por aproximaciones innovadoras en busca de placenteras sensaciones. Una especie de rebelión imprudente afectaba, de forma inadvertida, la quietud reflexiva de mis impulsos preservadores de su púdica reserva. Mi ansiedad ofuscada inventaba atrevidos acercamiento en busca de las delicias de la intimidad.

Despojado de aprensiones, la estreché fuertemente entre mis brazos besándola con ardiente vehemencia, omitiendo todas las triviales actitudes inofensivas a su recato. Sentí en las manos las temblorosas colinas de sus senos, cobijados por el vivificante calor desgajado de la inquietud entrañable de mis sentimientos apasionados. Cautelosamente, ardientes caricias envolvían la plenitud de su cuerpo tremulante de voluptuosas incandescencias conciliadoras de mis perseverantes ansias, hundidas en el ciego fervor de la búsqueda del supremo deleite en la fusión de dos pasiones recíprocas.

Vencida su virginal clausura, Camila, sin alborotadas ficciones de arrepentimientos, reprensiones ni reproches, con un beso casi inocente, ilustró su generosa conformidad.

La victoria de la realidad sobre mis ensueños, dejó flotando en mi espíritu una melancolía que estranguló mi corazón. Me sentí triste de haber vencido. La memoria repasó un soneto que había escrito inspirado en mis idealizaciones despojadas de experiencia y que ahora tenían el resplandor excelso de una inefable evidencia:

Sobre el verde tapiz del engramado
cedió su talle de palmera ardiente
y el ánfora de amor ambicionado
dulcificó la savia incandescente.

Agudo grito hirió ruborizado
al amargo placer en la rugiente
tromba de un mar de sueños ignorado,
paraíso fugaz languideciente.

Sosegado final selló mi beso
clausurando el aroma de su aliento,
mientras mi mano en pertinaz exceso

sintió en el musgo de su talle incierto
la herida del placer y el sufrimiento
como un tierno clavel sangrante y yerto.

La vendimia de mis deseos se había cumplido destilando un mosto embriagador de dichas sensaciones, sin la queja de las lágrimas ni la aspereza de los rencores.

Con una infinita ternura besé las palmas de sus manos, cerrándolas para que no huyeran esos besos saturados de la fervorosa devoción de mi amor definitivo. Las ensoñaciones sostenidas por los residuos de mi templanza se transformaron en sublime realidad, donde mis sedientas ansiedades se fundieron con el calor entrañable de su pasión intranquila, amurallada en la embriaguez de aquella fascinación inolvidable.

Luego del convulso enlace de nuestras lascivas tentaciones, una pausa apacible nos unió las manos en silencioso trance de ternura, mientras yo contemplaba la profundidad azul de sus ojos, acuosos de una emoción indescifrable.

Con su habitual delicadeza miró su reloj de pulsera. Interpreté su ademán como preventiva conminatoria a mi partida. Acepté sumisamente su muda intención disponiéndome a salir. En la despedida cariñosa, exenta de afectividad pasional, me dijo casi imperativamente "mañana quisiera verte, tenemos que hablar mucho".

XIV

LLEGADA LA NOCHE, no pude dormir. La evocación sobre el reciente episodio mantenía mi vigilia de gozosa emoción, propiciando ilusorios proyectos, alimentados por la certeza de un amor soñado y alcanzado en el éxtasis de las fogosas complacencias.

La vigilia estimulaba deleitosa reminiscencia de las circunstancias del supremo goce, cuya sensación estaba predestinada a cobijarse en mi memoria con duraderos efectos obsesivos.

Antes de que pudiera extinguirse el rescoldo de mis venturosos recuerdos, la claridad del alba me concedió la promisoría luz para mi encuentro con Camila, amparado en su amor nutrido por el calor de la piel, el latido del pulso y la vibración del espíritu, unidad armoniosa que marcaba un nuevo signo a mi destino.

Cubiertas las tediosas horas del día por una intensa ansiedad, llegó el atardecer, como afortunado prelude de la cita con Camila, que calmaría las impacencias de mi corazón y las desdichas de desconfianza que afloraban en mis visiones recelosas.

Llegó el momento preciso del reencuentro. Camila abrió la puerta exhibiendo el encanto de su sonrisa y una picaresca mirada sensual en el brillo de sus ojos, como confirmando su complacencia con los goces inesperados del día anterior.

Despejada mi timidez, acaricié con ambas manos sus mejillas sorprendidas por fugitivo rubor. Aproveché, en el trance de ese gesto de cariñosa espontaneidad, para besar sus labios, curiosamente entreabiertos con un cómplice sabor voluptuoso, que reconfortó mi ánimo asediado inicialmente de sombrías suspicacias.

Nos sentamos y tomándome de la mano con cálida ternura me dijo "Es innecesario comentar sobre lo que ha pasado. Pienso que nuestros sentimientos se han desbordado y que habría que controlar los en lo posterior. Ya sabes que lo que me conquistó fue la elevación de tu afecto y la sensibilidad de tu espíritu".

Escuché atentamente sus candorosas reflexiones con solidaria adhesión, pues era evidente que el caudal de mis sentimientos estaba invadido de espiritual fervor, que buscaba disolver las apasionadas tentaciones intempestivas. Pero el amor de mis ensoñaciones, desnudo de impurezas, estaba también purificado con la sublimidad imprescindible de las ardientes ansiedades. Consideré que la armoniosa combinación de los ensueños, la música, la poesía, el afecto y las íntimas impacencias, estaban venturosamente resumidas en la excelsitud del amor que sentía por Camila.

Impulsado por la vehemencia de mi convencimiento, repliqué sin hesitaciones: "Querida Camila, mis principios no están divorciados de mi voluntad. Entiendo que no debe abrumarnos el desencanto, cuando en nuestra relación sentimental cultivada con la pureza del espíritu, pudiera aflorar el inquietante apremio de la piel. El amor es una unidad del alma y del cuerpo en cuyo cautivante concierto se dignifica, encontrando su deliciosa identidad".

Los argumentos de mi interesada teoría, parecían no haber quebrado el escepticismo de Camila, quien se apresuró a decirme. "Querido Mateo, insisto en que debemos evitar el camino de los desvaríos". Al punto, pensé que era mejor no teorizar sino vivir el amor con la simplicidad de su grandeza. Con ladina transigencia acaté las preliminares restricciones de Camila. "No te preocupes, todo será como lo dispongas". Preferí evitar su respuesta, proponiéndole con suplicante afecto que tocara alguna pieza en el piano. Camila aceptó solícita con un murmullo afirmativo. Antes de comenzar dijo "Voy a tocar la Melodía en Fa de Rubinstein". Sus manos comenzaron a pulsar las teclas con suave lentitud, armonizando el tema breve de dolidas notas melancólicas, confundidas lánguidamente en un trozo de profunda sentimentalidad agonizante, en un sutil decreciendo hasta la última nota aguda, que vibró en mi oído con perdurable apacibilidad. Yo conocía la obra y no ahorré un comentario salpicado de fatuidad. "Esta Melodía no es de Arthur Rubinstein como supone la mayoría, sino de Antón Rubinstein un compositor ruso del siglo XIX". Camila con cierta sorpresa confirmó mi oficiosa aserción.

Advertí, con algún desasosiego, que debía marcharme dejando pendiente un tema sin elucidación categórica. No obstante, me repuse esperanzado que el paso de los días cambiaría la extremada prudencia de Camila, y preferí callar disponiéndome a partir.

Antes de despedirme, la miré con instintivo detenimiento, admirando la esbeltez de su cuerpo, cubierto con un vestido floreado de pudoroso escote. En la delgada tela se dibujaba el contorno de sus muslos, mientras palpitaban erectos sus breves senos ostentados con discreción.

Camila advirtió, con efímero rubor, la terquedad de mi contemplación desembozada.

Me acompañó hasta la puerta de entrada de la casa, presumiblemente para mitigar la generosidad de sus afectos forzosamente limitados por la precaria privacidad de la circunstancia. Así resultó que me despidió apenas con un beso convencional en la mejilla, que asimilé como un agravio a mis sentimientos.

En el trayecto a casa, fui pensando en mi censurable conducta, transigente con los caprichos de Camila. Me sentía con una triste irritación por no haber actuado, así fuese en

simulada sumisión suplicante, con mejor equilibrio para reconciliar nuestro ánimo abrumado por las tensiones.

Llegué a mi casa. Me sentía como un convaleciente que hubiese, de súbito, descubierto las originales causas de su mal. Tenía la certitud de que mis ilusiones, ausentes de groseras apetencias, se habían encendido con una sensualidad rara que agitaba lo íntimo de mis sentimientos.

Tenía la necesidad del fuego de las caricias de Camila. Inducido por febriles pensamientos, decidí llamarla por teléfono, pues no habíamos acordado cita alguna y una justificada comezón me invadía el espíritu acometido de pesadumbre. Un aló vacilante se afirmó en cariñosa afabilidad al reconocerme, síntoma venturoso que me hizo intuir su irrevocable capitulación. No dí ni pedí explicaciones, considerándolas supérfluas. Simplemente le dije que tenía deseo de verla al día siguiente. Aderecé la solicitud con almibaradas lisonjas persuasivas que surtieron su efecto, pues ella, sin excesivos circunloquios, me dijo que me esperaba al día siguiente a la hora de costumbre.

Las alborotadas pulsaciones del corazón recuperaron su ritmo, insuflándome una confianza renovadora de las frágiles exigencias, próximas a mis tiernas emociones en prodigiosa unión estimulante del amor.

XV

LA TARDE OTOÑAL apresuró la oscuridad de la noche, denunciando el fresco de un vientecillo agresivo, que me obligó a ponerme una chompa de lana.

Era la hora de la cita. Camila me abrió la puerta, exhibiendo el esplendor de su sonrisa como signo premonitorio del recíproco placer de nuestros anhelantes deseos.

Fundado en la teoría de vivir el amor, al margen de especulaciones inútiles que sólo turbaban la tranquilidad tensionando el delicado hilo de mi relación con ella, decidí no ahondar intelectualmente los conflictos, dejándome llevar sagazmente por las espontáneas reacciones del sentimiento. Venciendo recelos de consciencia, resolví actuar siguiendo mis impulsos, afortunadamente coincidentes con la predisposición afectiva de Camila.

Tomados de la mano nos sentamos, como transmitiéndonos sensaciones que denunciaban la grata palpación de una ternura no ausente de las ilusiones alentadas de irreprochables deseos.

Mis caricias templadas agonizaban en el temblor de su cuerpo, mudándose en atrevidos acercamientos anudados en un abrazo feliz de mutua complacencia.

Los secretos hechizos de Camila se rindieron en dichosa capitulación epilogada con un profundo suspiro, cuya tibieza absorbí con mis labios que mantenían el dulzor de sus besos fragantes.

La tranquilidad subsiguiente al febril regocijo de nuestras avideces, propició una conversación libre de alusiones inconvenientes y plena de afectividad. Contra su costumbre, y sin que yo se lo pidiera, se dirigió hacia el piano, diciendo con cierto acento humorístico: "Ahora descansaremos con una música que no ahonde nuestras penas de amor". Yo no conocía la pieza que comenzó a tocar, pero creí identificar el estilo de Erik Satie, un músico singular por su estilo insinuado de un laconismo picaresco, casi humorístico, ratificado por la risueña extravagancia de los títulos de sus obras, como "Trozo en forma de pera", "Preludio en tapicería", "Aires repulsivos", "Sonatina burocrática", "Danzas mutiladas" y otras por el estilo. Cuando Camila terminó de tocar dijo sonriente, "este es un autor francés muerto a comienzos de este siglo XX y se llama Erik Satie. La composición se titula "Descripciones automáticas".

El sutil encanto de esta pieza matizada de disonancias se mezcló, adormecedor, en la impaciencia de mis ensueños, que asociaban los ilusorios anhelos con los gratos episodios de la seducción placentera.

Sin excesos convencionales, pero con sincero entusiasmo, alabé la sensitiva destreza artística de Camila, que una vez más confirmaba la dignidad de su inclinación espiritual, curiosamente accesoria a la dudosa vocación de sus afanes universitarios. Quién sabe si hubiera sido mejor para ella ejercitar una distinguida profesión de concertista que desanudar los conflictos enredados en la malla de los intereses encontrados.

Al contemplarla ostentando su cautivante figura animada por un soplo espiritual delicado y sensible, pensaba en la incongruencia de sus ambiciones profesionales por el arduo campo forense. Ciertamente, no me animaría a revelarle estas apreciaciones sepultadas en mi interioridad.

Después de interpretar a Satie con exquisita infalibilidad, se sentó a mi lado. Un fugitivo rubor acompañó a sus palabras, que las sentí como una intempestiva sentencia: "Querido Mateo, mi madre me ha advertido que tus visitas no deberían ser tan frecuentes. Pero mi preocupación es aun mayor, porque nuestras relaciones ya no son las mismas y son muy peligrosas". La interrumpí mostrándole mi resignada conformidad con sus reflexiones, pero, en una repentina inspiración estratégica, añadí: "Querida Camila pienso que nos podríamos reunir en otro lugar, en algunas horas que no perjudiquen tu labor universitaria".

Me atreví a mentirle que tenía un amigo, quien podía prestarme su departamento. La audaz estratagema inquisitiva rindió su efecto promisorio, pues ella, aunque abrumada de vacilaciones, aceptó en principio la proposición.

No pude disimular la jubilosa emoción que alborotó mi pulso haciéndome expresar un inapropiado agradecimiento, que Camila lo acogió con algún desconcierto. No encontraba impertinente pensar que el amor es un sentimiento de recíprocas concesiones, donde parecerían supérfluos los agradecimientos. El amor es una entrega incondicional y desinteresada. Es el maravilloso milagro que funde los espíritus en el halago conciliado por los anhelos intranquilos.

Orienté la tertulia con trivialidades inútiles, para evitar que Camila tuviera oportunidades reflexivas que pudiesen inducirla a revocar su promesa titubeante. Advertí que su aceptación inicial se mantendría, pues en la conversación subsiguiente a la osada propuesta no se hicieron mayores alusiones al asunto.

Guiado por la certitud de mi inferencia, me tranquilicé sin tratar de apremiar mi partida. Preferí elucidar la comezón de mi curiosidad sobre las recomendaciones de la madre de Camila. Me resultaba muy extraña la limitación que se pretendía imponer a mis visitas. Se suponía que yo era un enamorado sin ambiciones matrimoniales, porque era también un estudiante universitario con similares pretensiones a las de Camila, para terminar primero la carrera profesional. Es cierto que la vehemencia de mis sentimientos podría inducirme gratuitamente a la posibilidad de una unión formal, pero los temores y prejuicios convencionales abatían esta suerte de aspiraciones. Así, amurallado en la embriaguez de mis ensueños, prefería ceder a la fascinación de esta increíble realidad.

Asimilé las determinaciones de la madre de Camila con resignada comprensión, pues consideré irreprochable su inquietud por el porvenir de su hija, amenazado por la obstinación de mi afecto.

Las madres sufren tempranamente la incertidumbre del futuro de sus hijas. Ambicionan para ellas dignidad social y seguridad económica, considerando, en su candorosa credulidad, que sólo estas son las claves de la ventura matrimonial. Ello condiciona, en consciente acatamiento,

una conducta de irracional prudencia en la selección de los pretendientes que siempre concluye en imposición irrevocable de dudosa garantía para la felicidad conyugal.

Cautivo por estas lucubraciones que destilaban acíbar de ansiedad, preferí proscribirlas del pensamiento.

Pasaron las horas y apresuré la despedida con la puntualidad impuesta por el horario familiar de Camila.

Nos despedimos con un prolongado beso, que parecía sellar un secreto juramento de cumplir la promesa acordada.

XVI

ATERIDO POR EL FRÍO nocturno pacheño, regresé a casa, donde me encontré con la sorpresa de la llegada de mi tío Julián, como traído por la providencia en auxilio a la solución de mis nuevos problemas. Él vivía en Cochabamba.

Julián era un ingeniero próspero de refinada elegancia en su vestir, siempre impecable. Alto, moreno y guapo, con un atractivo varonil que despertaba gran simpatía, incrementada por su espíritu jovial inclinado a las jaraneras diversiones. Solterón inconquistable, se daba modos para mantener su celibato a pesar de su serial de conquistas de crónico seductor. Contaba la cuarentena de años manteniendo sus atractivos físicos y su humor enriquecido de anecdóticas experiencias. Juicioso y responsable, alternaba equilibradamente sus labores profesionales bien remuneradas, con las comidas de seleccionadas viandas y las placenteras recreaciones prudentemente rociadas de buen vino y finos licores.

Sus frecuentes viajes a La Paz lo obligaban a mantener un departamento bien instalado que pagaba la empresa extranjera donde prestaba sus servicios.

La relación con tío Julián, a pesar de la distancia de edad, era estrechamente cordial. Yo era un acompañante infaltable en sus correrías nocturnas con parasitaria condición de invitado.

Como resultaba habitual cuando llegaba, salíamos en busca de diversión en sus lugares preferidos como las boites Embassy del Sucre Palace Hotel, el Utama y la Confitería París, que de confitería tenía poco. Estos lugares estaban animados por orquestas "típicas" y de jazz. Ignoraba el origen de la curiosa denominación de "típica", que aludía al conjunto orquestal que sólo ejecutaba tangos y algunos valsos. Por cierto, famosas orquestas argentinas, como la de Miguel Caló y Alberto Castillo, solían pasar fugazmente por estos locales, mientras las orquestas de Jazz, con músicos de pasable competencia de la localidad, se esmeraban en repasar los aires norteamericanos de Benny Goodman, Glenn Miller y Harry James.

Yo era tolerado generosamente en la mesa por los amigos de tío Julián, siempre dispuestos a una francachela divertida de frívolas conversaciones, cuya superficial amenidad estaba indefectiblemente salpicada de picantes anécdotas y ocasionalmente de algunos cuernos de áspera vulgaridad pero de chistosa eficacia. Así pasaban largas horas de la noche, posibilitando frecuentemente acercamientos rijosos, a algunas damas de dudoso recato. Pero tío Julián no siempre estaba en esta suerte de fácil cacería. Su guapeza varonil le insuflaba un atrevimiento estratégico, para llegar a ciertas faldas precavidas de virtud que se rendían complacientes.

En conversaciones confidenciales, solía decirle, con encubierto aire humorístico, que él, en sus éxitos sentimentales, no era genuinamente un eficaz conquistador, sino un iluso conquistado. Conquistadores eran los desposeídos de atractivos ostensibles que, sin embargo, podían cautivar con hábiles estratagemas y legítimas artes de seducción.

Tío Julián llegó con providencial oportunidad, salvadora a mis arrebatadas urgencias. Con sincera actitud suplicante, le pedí me permitiera usar ocasionalmente su departamento, que, para ventura mía, estaba ubicado en la calle Goitia, próxima a la universidad y a la casa de Camila. Mi tío, con el gesto de su acostumbrada esplendidez, me entregó unas llaves diciéndome con cierto retintín malicioso: "Sácate unas copias, puedes usar el departamento con toda confianza. Como se supone que tus encuentros serán vespertinos, no habrá oportunidad de encuentros inesperados, pues tú sabes que yo solamente voy en las noches, además pocas, cuando estoy en la ciudad". Añadió, confirmando su concesión generosa: "Puedes usar siempre la habitación de alojados, para mejor comodidad".

El sentimiento de gratitud que invadió mi ser, era mayor al que le expresé con jubilosas palabras de reconocimiento.

En posesión de las llaves duplicadas, devolví las originales a tío Julián quien comentó sentencioso: "Ahora, evita los desvaríos arriesgados que pudieran llevarte imprevistamente al matrimonio".

La inquietud por buscar a Camila, no venció la prudencia de esperar el viaje de tío Julián a Cochabamba, a pesar de la certitud sobre la inexistencia de riesgos aun estando él en la ciudad.

Tío Julián partió coincidiendo con el día previsto para visitar a Camila. Ansioso, esperé la invasión de las sombras del anochecer, llegando con puntualidad a la hora de las citas acostumbradas.

Camila me recibió luciendo su dulce mirada azul que inundó mi espíritu de apacibilidad.

Su sonrisa, impregnada de cierta picardía, dibujaba insinuante complicidad, mientras su cuerpo elástico, exhibiendo el relieve de su busto desafiante, se movía con un ritmo de discreta sensualidad.

Nos sentamos en el mismo sofá que, por la vía asociativa, me hizo recordar el agudo gemido, delator de la rendición de su virginal recato, que todavía me vibraba en los oídos. Fugitivas imágenes me acariciaron en la evocación repentina.

Con inusual desparpajo llamó a la empleada ordenándole nos trajese café. No me consultó si me apetecía, acaso porque conocía ya mi inclinación por esta bebida.

Pretendí que tocara alguna pieza en el piano, pero ella eludió cortésmente mi pedido, conformándose con la sugestión de oír música en el tocadiscos.

Revisamos unos discos grandes de 33 revoluciones en su amplia discoteca. Luego de somera revisión, exclamó con rotundidad "nada de música para piano, oiremos música sinfónica". Yo, con ánimo conciliador no sólo que no repliqué su concluyente sugerencia sino que adherí entusiasta conformidad.

"¿Conoces a Stravinsky?" me dijo con un tono de presunción candorosa. "Si, quizá podríamos oír Pulcinela, Dumbarton Oaks, El pájaro de Fuego, Las Bodas, Sinfonía de Salmos o la Consagración de la Primavera", le contesté jactancioso de cierta erudición, añadiendo, "justamente Stravinsky, fue el que, burlescamente, refiriéndose a la profusa creación musical de Vivaldi, dijo que era el músico que había compuesto 600 veces el mismo concierto, aludiendo a las 600 composiciones que escribió".

A pesar de nuestro amor a la música, la circunstancia no era propicia para una audición diligente y silenciosa. Teníamos que hablar sobre el engorroso tema de los encuentros galantes fuera de su casa.

Mientras escuchábamos los supuestos sonos anárquicos de la nueva música, perdí mi solemne actitud atenta y cedí al apremio de las revelaciones inexcusables sobre el departamento, refugio secreto de las reuniones del porvenir. Así, desaprensivo por mi falta de atención a los sugerentes, aunque desconcertantes sonos de las concepciones musicales en boga, alejadas de los tradicionales esquemas, ataqué decidido con mis confidencias inquietantes. Con algún rodeo indispensable concluí: "Querida Camila ahora pienso que podremos estar tranquilos. El departamento, que en realidad es una pequeña casa aislada, está ubicado en la calle Goitia". Ello equivalía a decirle que estaba a un par de cuadras de su casa y a otro tanto de la universidad.

Camila oía mis comentarios entusiastas con disimulada indiferencia, pero su silencio estudiado implicaba una respuesta positiva que afianzó mi jubilosa tranquilidad.

La tertulia se confinó en el tema del departamento. Camila mostró su preocupación referida a la privacidad y al riesgo de ser vista en la oportunidad, según ella, de consumir "un culpable propósito".

Me propuse sagazmente eliminar sus prudentes aprensiones, logrando afirmar su aceptación y convencimiento que alivió la tensión de nuestro diálogo. Con cierta cínica despreocupación, extraje de mi bolsillo un papel donde bosquejé un planito orientador que Camila debió entender, a deducir por su afirmativo movimiento de cabeza. El silencio subsiguiente al incómodo trance, lo cubrí tratando de darle a la circunstancia un soplo humorístico: "Creo que al nuevo refugio deberíamos darle una nominación secreta. He pensado en el nombre de "Rectorado". Así utilizaríamos la clave, sobre todo en las comunicaciones telefónicas". Apenas una sonrisa de su boca dulce, dibujó su aceptación.

La pintoresca idea de la nominación al departamento tenía la virtud psicológica de aminorar la incómoda alusión directa, que visiblemente causaba en Camila una engorrosa sensación. Ahora podíamos usar, sin rubores, el inocente término de "Rectorado" para referimos al refugio de nuestros furtivos encuentros.

Luego de la sorpresa de mi sugerencia, recogida por Camila con discreta aceptación silenciosa, modificó su talante, profiriendo graciosamente: "No deja de ser interesante poder estar en el Rectorado, cuando una quisiera, sin esperar una especial audiencia del Rector". Reímos abiertamente, como desprendiéndonos de nuestros confusos recelos.

Ya no prestábamos atención a Stravinsky. Toda nuestra conversación vagabundeaba en tomo a las precautorias medidas tendentes a proscribir riesgos en nuestros próximos encuentros.

Acordamos que nos veríamos dos veces a la semana de cuatro hasta las seis de la tarde. Escogimos los martes y jueves, pues ella no tenía clases en ese horario. Me reiteró que los fines de semana no podíamos vernos ni hablarnos por teléfono. Eran días exclusivamente dedicados a su familia, que solía reunirse con los parientes llegados de Lima con alguna frecuencia.

Le expliqué detalladamente las características de la casa. Le aseguré que la calle estaba casi siempre desierta y que no tendría imprevistos encuentros indeseables.

Había sólo una puerta de acceso a la casa. Le entregué una copia de la llave como precaución para cualquier demora intempestiva. Sin embargo, mi intención sostenida por franca lealtad presagiaba la imposibilidad de algún retraso en mi espera por su llegada.

Me previno que si surgiese algún obstáculo para el cumplimiento de las citas acordadas, llamaría por teléfono a mi casa a la hora del almuerzo. Igualmente, me conminó a que actuara de la misma manera cuando el impedimento afectase mi asistencia.

Los miedos de Camila, alejada de equívocas y desordenadas experiencias, dejaban flotar en su espíritu un sentimiento receloso y claudicante que yo me esmeraba en mitigar con mimosas argumentaciones convincentes.

Parecía que el residuo de sus escrúpulos y aprensiones, se disolvía cediendo gratamente a la certitud de sus ilusiones exentas de ásperos apetitos, aunque conciliadoras con un sentimiento insinuado de inevitable sensualidad. Así, quedó imperturbable el compromiso de nuestro próximo encuentro en el "Rectorado" .

Las últimas notas de la suite de Stravinsky agonizaron cuando advertimos que la ansiedad de nuestra plática había suplantado la audición de la pieza musical.

Un beso cariñoso de sus labios tibios de ternura me conmovió en el minuto de la despedida.

XVII

LA NOCHE BOHEMIA de los amigos ya había comenzado con las habituales copiosas libaciones.

Llegué a nuestro bar del Prado y fui recibido cordialmente por Marcelo y Felipe. Me enredé inmediatamente en la conversación alterada por una disputa política. Marcelo, empecinado revolucionario, pretendía convencer a Felipe para su ingreso al partido político en el que Marcelo era considerado un ejemplar dirigente, con merecimientos no sólo por la competencia de su formación doctrinal, sino por su militancia audaz y decidida, acreditada por tres apresamientos y un confinamiento. Ostentaba estos amargos percances de su terca militancia con orgulloso engreimiento, usándolos como factor persuasivo de sus solicitudes e incitativas de pertinaz adoctrinador.

El talento activo y la palabra fácil de Marcelo, chocaban con la reserva parsimoniosa de Felipe, indiferente al entusiasmo de Marcelo, quien por momentos zahería con agrias censuras a Felipe, cuyas réplicas estaban teñidas de cierto humor elusivo. Intervine con ánimo pacificador resaltando la perversidad inútil de la tensionada discusión, ya que todos nosotros éramos unos simpatizantes convencidos del izquierdismo vigente, saturado de las ideas de Marx y Lenín. En realidad admiradores de la Unión Soviética, prodigioso laboratorio de las experiencias comunistas.

Con alguna expresión desdeñosa, Marcelo transigió, profiriendo irritado: "dejémoslo así, pero una cosa es ser un contemplativo simpatizante y otra ser un digno militante defensor de las clases oprimidas".

Leonardo llegó con la agitación de su premura, percibiendo los residuos de la discusión que aún mantenía murmullos de inconformidad de Marcelo.

Como quien colocaba un colofón a la disputa, Leonardo con irresponsable gracejo: "Viene a mi memoria el fragmento de un poema de Gustavo Medinaceli que valdría la pena repetir en la oportunidad":

"Zurdos
absurdos marchando por la izquierda
hacia atrás
al compás de un tambor que dice:
Marx, Marx, Marx".

Todos callamos con cierto aire de reproche, pero su amplia risa terminó por contagiarnos.

Leonardo comentó, con la decisión de apartar el tema político, que tenía un artículo para la prensa sobre la escultura de Marina Núñez del Prado, quien precisamente estaba exponiendo su obra en el Club de La Paz.

Marcelo, todavía fastidiado por la referencia poética, prorrumpió categórico que esperaba la lectura sólo de las partes principales del ensayo. Nuestro cauteloso silencio, apoyó la sugerencia.

Leonardo comenzó la lectura con su elección fragmentaria, sin añadir mayores comentarios:

"En la destreza de sus manos ágiles, guiadas por una sensibilidad superior, se modela la arcilla, sometiéndose sumisamente al ritmo formal de las creaciones de reposada previsión o encendidas de repentina inspiración.

Un mundo inacabable de sugerencias, nutre su imaginación fecunda, surgida no sólo de la realidad y sus íntimas relaciones, sino del inagotable venero de su interioridad palpitante. Sus anhelos y secretas ambiciones se cristalizan en las primigenias obras, premonitorias de las creaciones de jerarquía perdurable que mantienen la dignidad de su obra escultural.

El estilo artístico de **Marina**, con el predominio de las ondulaciones rítmicas, conducidas equilibradamente a la búsqueda de la forma, tiene inevitables acentos simbólicos, aliados frecuentes de la expresividad realista que abarca parte de su obra.

La precisión de los contornos que encierran la masa, desveliza el encanto de la armonía, punto cenital de sus creaciones, que por la frescura del pulimento del material y la elevación de la expresividad, exhala un mágico aliento poético. Pero la aspereza de las superficies, deliberadamente concebidas, concurre, igualmente, a producir el efecto expresivo de suprema eficacia estética.

Las sinuosidades dominadas armónicamente, siguen un ritmo envolvente imaginario, que insufla un aire de dinámico esplendor.

La expresión de sus esculturas no sólo reside en la suprema captación facial, sino en el volumen de los cuerpos que se estructuran en unidad formal, conductora de la elevación y arrobamiento espiritual, objetivo de la "finalidad sin fin" del arte.

La dureza del mármol, del basalto, del granito, del ónix o del alabastro, pierde su tenaz invulnerabilidad, para ceder al escrupuloso esculpido, forjador de volúmenes con las limpias superficies redondeadas que se resuelven en expresivas esculturas realistas o en formas representativas de rico contenido simbólico.

Su estilo está definido por el rumbo consagrado de sus características técnico-formales, pero su escultura, abarcadora, recorre varios senderos, identificables en sus impulsos temáticos.

Su dilección por el tema indigenista le hace trabajar cabezas en granito de Comanche, con la energía expresiva e indomeñable de la raza. Los rostros, con las facciones de su gesto adusto y melancólico, traducen, genuinamente, la analogía con el modelo del personaje en el impulso realista de la representación".

Leonardo, entusiasmado, pretendía seguir leyendo, momento en que lo interrumpí, diciéndole que su ensayo parecía un poco largo. Aproveché de la oportunidad para decir un soneto sobre Marina, como quien suaviza la repentina y abusiva interrupción. Sin vacilar recordé el laudatorio poema:

"Por el tacto sutil y sensitivo,
sublime luz creadora se proyecta,
y el material informe primitivo
se transfigura en forma predilecta.

Desde el basalto, el numen fugitivo
modela la dureza desafecta,
y el cincel espontáneo inquisitivo
trasciende con su búsqueda dilecta.

La levedad de nieve de su mano
con palpar de pez y mariposa
discurre por la piedra, cautelosa.

Y en su alma indagadora del arcano
y que persigue sus ansias de infinito
esculpe sus ensueños de granito.

Leonardo nos instó a beber un seco, festejando generosamente mi poema y eximiéndome implícitamente de culpa.

Recuperamos los livianos aires de francachela, reiterando algunos de los juegos conminatorios a beber, a fin de evitar que los abstemios de circunstancia, pudieran convertirse en peligrosos censores de las desordenadas lucubraciones étlicas sobrevinientes a las postreras horas de la conversación prudente y juiciosa.

XVIII

CON LA PREVISIÓN que impulsa la desconfianza y la incertidumbre, estuve en el "Rectorado" a las tres y media, es decir, media hora antes de la cita acordada. Aproveché para colocar en la mesa unos vasos y una botella de gaseosa que llevé previsoriamente, aunque, tras minuciosa revisión, descubrí una alacena con buena provisión de refrescos, licores y unas cuantas botellas de champán. Me acordé, al punto, que mi tío Julián me había autorizado a consumir las bebidas con la moderación del caso.

Pensé tomar unos tragos de whisky para calmar la inquietud de la espera, pero la aprensión de que me sintiese un tufo alcohólico, me hizo renunciar a beber así fuera apenas un sorbo.

Ya había pasado la hora de su presunta llegada. Cada minuto era un siglo de impaciente sufrimiento. Las esperanzas mías parecían hundirse en el mar de su ausencia. Era como un irremediable naufragio de los sueños tatuados en la primavera de su imagen amada.

Repuesto de los intempestivos desánimos, que giraban como un remolino de obsesivo desconsuelo, pensaba que debió haber algún motivo justificado para su demora, cuando escuché el ruido de la chapa de la puerta.

Mi corazón tomó al galope advirtiendo mi sobresalto de felicidad. Era Camila, que abrió la puerta mostrando el relampagueo dorado de sus cabellos y el inquieto azul de sus ojos. Un vestido verde ceñía su cuerpo alto y esbelto como el tallo erguido de un lirio blanco. Las redondas pomos de su busto temblaban con enhiesta provocación instintiva.

"El catedrático se extendió algo más en su clase" dijo nerviosamente, como disculpándose por la tardanza.

La tomé de las manos, acogiéndolas entre las mías, y advertí una inquietud emocionada, como el de un par de palomas cautivas en actitud de alzar el vuelo. Las aprisioné con decisión ternura hasta sentir el languidecimiento de su placentera entrega.

Para calmar nuestra manifiesta intranquilidad propuse beber una copa de champaña, que, según la experiencia, no sólo aumentaría su resolución, sino acaso encendería su piel, turbando la moderación de sus reflexivas reservas.

Bebimos más de un par de copas con cierta premura que alimentó nuestra euforia. Como hipnotizado por sus ojos clavados en mi mirada con interrogativa seducción, la tomé del brazo y con estudiada parsimonia la llevé hasta el cuarto de alojados, cuya pulcritud la hizo exclamar: ¡Qué bonita habitación!". Con espontánea condescendencia se sentó en la cama, mientras la abrazaba con instintivo ademán aleccionador de que se despojara de su traje. Así lo hizo, manteniendo pudorosamente sus prendas íntimas.

En ropa interior, me introduje en la cama, haciéndole a Camila un campo a mi lado. En el remolino de los recíprocos besos y caricias fuimos perdiendo las prendas íntimas y ella me ofreció el regalo inefable de su desnudez cálida, incitativa de entrañables aflicciones inquietas en el caos de las ensoñaciones teñidas de una dichosa sensualidad.

La tempestuosa aproximación de mis caricias liberó la moderación cautelosa de Camila. Envueltos en la vorágine de besos ardientes, gemidos placenteros y palabras amorosas, la frutiva cadencia de nuestros cuerpos exploraba la cúspide del supremo deleite. Luego de nuestra sublime agitación, nos separamos en la cama, dejando flotar un suspiro de complacencia por las inolvidables delicias del halago.

En el preámbulo de nuestro sosiego, mis manos, todavía tremantes de apasionada nerviosidad, se hundían en sus cabellos acariciando su hermosa cabeza apoyada sumisamente junto a mi sien, donde las venas palpitaban con los agónicos latidos de la intensa sensación de los sublimes espasmos.

Quedamos silenciosos en prolongada pausa meditativa. Cavilaba yo en el generoso regalo del destino que me había concedido el amor de Camila, enardecido en la albura de su piel cubierta con el velo de mis ensueños delirantes y el calor de mis caricias, inmoladas en la fragua de nuestras recíprocas pasiones.

No sé en que pensaba Camila, pero su rostro reflejaba una serenidad amable. Sus bellos ojos de lacustre brillo me cubrían con una mirada cariñosa, lejos de la insinuación de ásperas recriminatorias o dolidos arrepentimientos.

Se vistió cubriendo recatadamente su desnudez. Mantenía la espontaneidad de su pudor, abreviando la exhibición de su hermoso cuerpo, al ataviarse, apresurada y precavida, con sus íntimas prendas.

Me vestí mientras ella entró al baño para su acicalamiento acostumbrado. Después salió luminosa, con estimulante seducción que renovó mis impulsos sensuales, contenidos con los sedimentos de mi pudicia.

Cuando se disponía a partir, me abrazó con una mansa calidez de ternura que subrayó el milagro de nuestro amor unificado armoniosamente por el deseo y el espíritu. La besé con una emoción devota, henchida de gratitud. Advertí, sin embargo, que eran las cinco y cuarto. Le propuse quedamos en la sala, para conversar mientras oíamos algo de música. Sin mayor vacilación, me siguió y nos sentamos en un sofá tapizado de rojo. Le propuse poner algún disco, pero revisando la pequeña discoteca encontré apenas alguna música clásica. Eran solamente tangos y música de jazz. Ante mi consulta, Camila transigió con algo de jazz. La conversación sosegada y tranquila hilvanó temas sobre sus estudios y sus relaciones de amistad con alguna

condiscípula, aunque intimaba más con antiguas compañeras de Colegio. Por primera vez le pregunté por qué rehuía a mis invitaciones al cine, confesándome que sólo podía asistir los domingos, días vedados para mis visitas. Al punto, mi intuición deductiva me dejó la suspicacia de que su familia no aceptaba con simpatía la vecindad sentimental de un joven sin fortuna y con un porvenir profesional improductivo. Pensé que esa sería la razón para que Camila no se hubiese interesado en presentarme a sus padres, previniéndome discretamente de la inconveniencia de mis visitas. El repaso de estas amargas inferencias, me hizo amarla aun más, reconociendo la lealtad de sus sentimientos, defendidos por ella sagazmente de la tendenciosa influencia de sus padres. La ausencia de las visitas a la casa familiar, aventaría las susceptibilidades dejándoles la sensación de mi radical apartamiento.

Tuve la certidumbre de que todo iría mejor en el futuro, situadas como estaban las cosas, según mis premiosas cavilaciones.

Debo confesar que, en muchas ocasiones, me acosaron pensamientos matrimoniales con Camila, pero los deseché al influjo de responsables y prudentes reflexiones que delataban la carencia de las esenciales condiciones materiales y avizoraban la quiebra de los anhelos profesionales.

Rompí la malla de los obsesivos pensamientos atendiendo con más interés al soliloquio de Camila, quien consideró esta su primera experiencia en el "Rectorado", no sólo placentera sino ausente de resabios de culpabilidad, que no la inducían a quejicosas irritaciones. Finalmente, en insospechada espontaneidad, me confesó, ligeramente ruborosa, que me amaba, mientras se empañaban sus ojos como en interrumpido llanto emocionado.

Una inefable felicidad me recorrió por todo el cuerpo con tremulante conmoción, trastornando mi corazón que seguía el ritmo de mis alucinadas ensoñaciones. Todo el amor se concentró en la tibieza de mis labios que acudieron a su boca para besarla con agradecida devoción. Las manos tremantes buscaron su cintura trepando ansiosas hasta abrazarla estrechamente como queriendo retener por siempre su amor confesado, que vibraría eternamente invadiendo la plenitud de mi existencia.

Agonizaban las últimas notas de una melodía de Glenn Miller ejecutada por su orquesta. Apenas nos dimos cuenta de que estaba en el tocadiscos. Nuestra tertulia había abolido por completo las notas del fox-trot.

Llegó la hora de su partida. Habían corrido setenta minutos de los dulces placeres inolvidables, con la velocidad de un suspiro. Sin embargo, perdurarían por siempre porque eran de esa suerte de goces irrevocables, que dejan en la piel el calor de las secretas ansiedades, y en el alma esa misteriosa dignidad irrompible.

La ilusoria población de ensueños había cobrado una realidad perceptible que enternecía el corazón e iluminaba el espíritu.

Camila se incorporó apresurada, lamentando tener que partir. Mirando su reloj, dijo no poder prolongar su estancia, anticipando en consoladoras expresiones que estaría en la precisa hora, el día marcado para nuestro encuentro. Luego añadió, cuando solícitamente me disponía a acompañarla, "mejor salgo sola; total, mi casa no está distante". Interpreté su precaución como justa actitud para evitar riesgos. Yo, con la implícita aquiescencia, me sentí orgulloso de garantizar la reserva de nuestras relaciones. Ya es sabido que la indiscreción suele implicar, a veces, subconsciente rasgo de jactanciosa ostentación de una conquista.

Camila cerró la puerta y me quedé con la intensa sensación de su presencia, alentando el próximo jubiloso encuentro.

XIX

EN CUANTO LLEGUÉ al bar del Prado, ya estaban reunidos los amigos, bien armados con sus vasos de chufar, donde nadaban los cubitos de hielo y la tajadita de limón en la embriagadora mezcla de singani con alguna bebida gaseosa.

Los sorprendí en una tertulia nerviosa, repleta de inquietudes, tensiones y desasosiegos. La situación en el país había sido alterada por un golpe de Estado neutralizado cruentamente, dejando, además, una larga lista de apresados y otros perseguidos, cuya participación era dudosa pero siempre punible por la suspicacia gubernamental, que a falta de competentes investigadores contaba con un círculo de asalariados soplones que denunciaban, en la sombra del secreto, a genuinos subversores o supuestos sediciosos. La experiencia mostraba que estos últimos solían ser los más numerosos.

Marcelo, poseído de justificada aprensión, analizaba juiciosamente las implicaciones previsibles del acontecimiento político, pues era sabido que, en análogas circunstancias, la persecución abarcaba a todos los que tenían alguna significación directriz en los diversos partidos, los cuales, además, estaban siempre unánimemente descontentos e inclinados a participar en cualquier asonada o secreta conspiración contra las autocracias castrenses enquistadas en el poder. Todos pensamos que Marcelo podría estar en peligro. No cabía duda. Su prestigio malaventurado de crónico revolucionario dejaba siempre el riesgo de un apresamiento inminente. Me apresuré, con sincero gesto solidario, a ofrecerle como refugio transitorio, mi casa, donde había algún lugar seguro para ocultarse. Por otro lado, yo tenía un hermano militar y ello significaba dejar intacto de sospechas el asilo. Pensé que parecería una pintoresca "patente de corso", pues alguna malignidad deductiva me hacía sospechar que Marcelo estaría vinculado con los ajetreos revolucionarios.

Yo había columbrado los peligros de un apresamiento de Marcelo, quien, alentado por incipiente curda, ostentaba confiada actitud osada a pesar de sus iniciales inquietudes.

Sugerí a los amigos seguir nuestra reunión en un reservado del bar, donde estaríamos relativamente protegidos. Había que prevenir cualquier contingencia de la perversidad del acoso de la policía secreta del Ministerio de Gobierno.

Ingresamos a una modesta habitación con empapelado de vivos floreados en las paredes. Una mesa con mantel de hule y unas sillas era todo el mobiliario. Nunca habíamos sido muy exigentes, así que encontramos pasable el recinto del precario retiro.

El aire se tornó lerdo y pesado para luego agitarse con nuestra inevitable inquietud. Al influjo de nuestros tragos, el efecto anestésico de nuestra liviana embriaguez se había disipado haciéndonos retomar a un estado de intranquilidad, no sólo porque Marcelo pudiese ser apresado, sino también por el temor de cada uno de nosotros, pues era conocido que la malignidad persecutoria de los agentes no hacía distinciones de los que circunstancialmente rodeaban al presunto insurgente.

El miedo se apoderó de todos, incluido yo, naturalmente, que, en veloz cavilación, advertí la posibilidad desventurada de mi apresamiento por complicidad, o, como era corriente en la práctica policial, por formar parte de un complot revolucionario sorprendido infraganti. Sin embargo, no me amedrentaba la eventualidad de una reclusión, sino la contingencia de una forzada privación de ver a Camila. Esta última inquietud me indujo a precipitar un sigiloso desbande de los amigos, llevándolo a Marcelo conmigo.

Llegados a casa, Marcelo se repuso de su desasosiego, logrando sonreír con algún resabio de nerviosismo.

Llegó la hora de las noticias radiales. La emisora oficial propalaba que el "pérfido y antipatriótico" golpe de Estado había sido controlado con algunas "lamentables" bajas de los insurrectos.

La insubordinación había sido ahogada en sangre, aunque continuaría la persecución y las investigaciones punitivas. Era aconsejable un seguro asilo domiciliario. Marcelo no tenía un trabajo asalariado, pues su padre, de buen pasar, sufragaba con largueza sus gastos y aun sus dispendiosos excesos. Así, ausente de sobresaltos y preocupaciones laborales, se refugió en mi casa hasta que supusimos calmados los designios persecutorios gubernamentales.

Aprovechamos su forzada permanencia para leer algunos libros complementarios a la bibliografía de nuestros estudios universitarios.

En una de sus confidencias, me ratificó que no tenía vinculación alguna con el reciente episodio revolucionario. Yo seguí maliciando su ligazón sediciosa, porque, en el fondo, Marcelo era un conspirador empedernido o, por así decirlo, un subversor rematado.

XX

MIS ENCUENTROS CON Camila eran cada vez más perturbadores por la ardiente intensidad de nuestras relaciones.

Advertía, con secreta curiosidad, que la conducta íntima de Camilla iba mudando su espontaneidad pudorosa por un desenfado generoso de salaces impacencias, despojadas de convencionales restricciones.

La innovación en nuestras experiencias, descubría escondidos deleites que nos colmaban de infinita felicidad, sin afectar la nobleza de su espíritu ni la sensata purificación de mis ansias en el sublime fuego de su piel.

Semana tras semana, pasaron unos seis meses de nuestros furtivos encuentros, durante los cuales esperaba la dulzura de sus caricias con la misma ansiedad de los primeros días. Lo que podía ser una cruel monotonía, era una fresca renovación de mis sentimientos, que se volvían inconformes con la precaria presencia de su imagen. Un amor intransigente se incubaba en la interioridad de mi ser, que ya no se resignaba solamente a los goces hebdomadarios. Insólitas aspiraciones sentimentales me demandaban anhelos duraderos, así fuese en un comprometente estado matrimonial.

Yo sabía de los escollos casi insalvables que tomaban ilusoria alguna tentativa matrimonial, pero el amor por Camila, hacía vacilar responsables convicciones llevándome a la enfermiza obsesión de sacrificar mi celibato, sostenido apenas por exiguas obligaciones y avaras ambiciones alcanzables.

El auto conocimiento de estos interiores conflictos me angustiaba, instándome a la lucha por afirmar el amor de Camila, aun a costa de exiliar mi libertad y quebrar los halagos del presente en contraste a las incertidumbres del porvenir.

Toda esta serial de cavilaciones alimentaba mi inquietud en la atenta espera vespertina a Camila, en el generoso refugio del "Rectorado".

Su esperada presencia aventó mis angustiosas impacencias y esterilizó el vértigo de las lucubraciones, iluminándome con un vivo estremecimiento de rendida sumisión a sus encantos.

Llegó con un traje de levedad estival, que ceñía su cuerpo armonioso, adornado por un discreto escote que insinuaba el fulgor de luna del nacimiento de sus gemelas colinas, coronadas por tremulantes cúspides redondeadas.

Sus hermosos muslos se dibujaban debajo la tela de su vestido con la anticipación sensual de su entrega inminente en el sublime itinerario de los pasionales deleites.

Mi amor, palpitante de emoción, cubrió la plenitud de su cuerpo con el abrazo febril que apuraron las manos codiciosas de sensuales urgencias. Camila respondió generosamente a mi abrazo, besándome prolongadamente en los labios " quemantes de una pasión manifiesta.

Como en convenida y grata complicidad con mis deseos alertas, Camila me condujo de la mano hasta el dormitorio con inusitado apresuramiento.

Nos acomodamos en la cama aromada por el perfume de su piel y tras la delicia de una inicial cadencia voluptuosa, nos fuimos perdiendo ansiosamente en un dédalo de complacencias por el derrotero del supremo goce depurado en el milagro de nuestros ensueños. Un vórtice de fogosos balbuceos mezclados con nuestro aliento jubiloso, delataba el sublime concierto perdurable en el corazón y la memoria.

Cuando el sosiego mitigó el tumultuoso caudal de la sangre encabritada en nuestras venas, nos levantamos para escuchar algo de música.

Yo había llevado un disco de Tchaikovsky, uno de los magníficos cuartetos de su música de cámara, poco difundidos. Era el Cuarteto para cuerdas No 3 en Mi bemol menor que curiosamente, Camila no lo conocía.

La primera vez que lo había escuchado, me conmovieron sus acentos de profunda tristeza en contraste dramático con algunas melodías de una apacible melancolía. La terca insistencia de la tónica impregnada de insondable abatimiento, me indujo a escribir un poema inspirado especialmente en el tercer movimiento "Andante fúnebre e doloroso ma con moto".

Escuchábamos con reverencial atención. En el semblante de Camila, advertí una tensa agitación, mientras yo estaba poseído de una pesadumbre irredenta, porque la música, con sus sombríos sonos, no dejaba resquicio para huir de la pesada carga trágica.

"Concluído el Cuarteto, un prolongado suspiro alivió nuestra postración espiritual. Camila, en comentario estimativo sobre el Cuarteto, dijo: "Es realmente característico de Tchaikovsky en sus obras de inclinación dramática, como por ejemplo en su Sexta Sinfonía y en especial en su último movimiento Adagio Lamentoso".

Asentí con entusiasmo intelectual su opinión, que afirmaba no sólo su sensitivo espíritu musical sino su ilustración sobre el compositor ruso.

Con secreta vanidad aproveché del momento propicio de nuestra conversación para leerle mi poema Andante Doloroso, inspirado en el Cuarteto que acabábamos de escuchar. Con voz grave comencé:

Desde la nota primigenia
escondida en la penumbra
de una insondable angustia,
un enjambre de lóbregas congojas
tiembla en los violines desmayados,
urdiendo el misterio
de la desolación
con el rumor doliente

de un violonchelo atormentado
por amargos quejidos infinitos.
La mordaza de las sordinas
ahoga los gritos de algún dolor
desvanecido en tremantes sollozos.
Naufraga el alma
en noche tenebrosa
sin resquicio de luz
que vaticine el sosiego y la calma.
Los pizzicatos cercenando los nervios
caen como gotas quemantes
sobre el caudal inquieto
de la sangre convulsa.
Piélago amargo
donde las tremulantes ondas
arrebatan el alma
con la creciente de tormento
ausente de un pleamar
de serena quietud.
Nébulas de tristeza
y vértigo de angustia
premonitorio del dolor
sumido en el "adagio lamentoso"
de su "Patética" perenne.
Las postreras notas incisivas
están flotando
como una elegía lastimera,
como un responso piadoso
para las almas
de todos mis muertos.

Al despedimos, Camila me advirtió, sin lamentaciones justificatorias, que no nos veríamos la siguiente semana, porque tenía preparado un viaje familiar a Lima.

No me impresionó su decisión imprevista, ya que no era la primera vez que realizaría un viaje de esa naturaleza. Ya lo había hecho en varias oportunidades anteriores.

XXI

LAS BOTELLAS DE CERVEZA se renovaban con veloz frecuencia, dejando en la tertulia con los amigos en el bar de costumbre, animada locuacidad circunscrita al anecdotario de los sucesos revolucionarios recientes.

Muchas personas amigas habían perecido en el fallido intento revolucionario. Algunas de ellas víctimas de idealismos inalcanzables y otras obcecadas por aversión a la castrense casta gobernante.

Algunos audaces militantes de un partido estigmatizado de áspero ideario nazifacista, pretendiendo apoderarse de un cuartel militar protegidos por los conjurados que a la hora del peligro provocaron con su aleve defección una derrota sangrienta.

Se comentaba, con reverencial admiración, de algunos gestos heroicos de anónimos revolucionarios sacrificados en el temerario ensayo de inútiles consecuencias.

Aunque habían pasado muchos días del intento frustrado, como era costumbre, el Ministerio de Gobierno no cejaba en su sistemática y perversa persecución de los residuos genuinos de la revolución, o de otros inocentes señalados por la malsana animadversión oficial.

Marcelo, en inédita revelación timorata, proclamó su desánimo y cansancio por sus arriesgados ajetreos frustráneos, que solo le causaban agrias desesperanzas en la búsqueda estéril de un ideal disuelto por la incompreensión.

Ya habíamos concluído exitosamente nuestros estudios y Marcelo anticipaba sus secretas intenciones de abandonar el país. Creía que la prudencia aconsejaba no sólo una elusiva conducta en su notoria militancia política, sino una radical solución a su porvenir, abrumado de riesgos que no compensaban sus fervorosas impacencias patrióticas.

No tuvo rubor en declararnos que se asilaría en la Embajada de México, como expeditivo medio para salir del país sin sobresaltos ni angustias. Además, pensaba que se abriría un nuevo escenario de perspectivas intelectuales y académicas a su vocación activa y predispuesta.

Nuestro silencio hostil de reprobatorios alcances a la desertión imprevista de Marcelo, se amainó con mi intervención amistosa y comprensiva cuando dije, con sincera voz convincente, que me parecía acertada su decisión, teniendo en cuenta la fatiga por sus frustraciones no reputables, como amarga evasión de lucha, sino como transitoria estrategia impuesta por reflexiva sensatez.

Marcelo se cobijó agradecido en el alero de mi argumento añadiendo que continuaría indómito, con sus principios marxistas leninistas en un ambiente donde sus esfuerzos tuviesen una mejor compensación intelectual, fructífera de perspectivas y no frustradas en la tribulación de las persecuciones.

Como en contagiosa inspiración acibarada, Leonardo confesó que también preparaba viaje a Colombia, donde pensaba realizar unos cursos de posgrado en epistemología.

Felipe, sin convicción aparente, y acaso sólo para no quedarse rezagado en sus ilusorias presunciones de trotamundos, parecía redimirse con la entusiasta confianza de su viaje a Santa Cruz de la Sierra. Amante del trópico, donde el aire cálido adormece las palmeras y envuelve maliciosamente el desvarío de los cuerpos femeninos, fragantes de la multifloral humedad de la selva, Felipe se fortalecía con el goce de sus evocaciones de sensual regocijo, cuyas exhalaciones placenteras llenaba su voz jubilosamente resignada al pequeño viaje de sus sueños.

Todo auguraba la dispersión de nuestras estrechas relaciones amistosas.

Yo tenía la posibilidad de viajar a París, mediante la mencionada concesión de dólares a cambio oficial que otorgaba el Banco Central, bajo ciertas condiciones privilegiadas.

Vislumbraba un ácido tedio en las nocturnas horas de las conversaciones amicales, que se disolverían dejando un hueco irremplazable a las reuniones, donde merodeaban instantes de retórico intercambio intelectual, injertado de risueñas intervenciones entretenidas.

Atrapado por el encanto de mis turbaciones obsesivas, refugiadas en el amor de Camila, ya había renunciado internamente, sin arrepentimientos ni desconsuelos, a cualquier viaje o circunstancia imprevista que pudiese alejarme de ella.

Una fervorosa reminiscencia me hacía sentir el calor de mis primeras caricias pasionales, conciliadas con la fuerza de un amor convertido en obstinada realidad irrenunciable.

HABÍA TRANSCURRIDO PEREZOSAMENTE la semana de su ausencia, sembrando un resignado sufrimiento, redimido prodigiosamente al intuir su calido regreso. Con gozosas palpitaciones de emoción la llamé por teléfono, primero para cerciorarme de su retorno y luego para acordar nuestra cita en el "Rectorado". La empleada me contestó que Camila había salido con su madre, ofreciéndose a transmitirle mi encargo de devolverme la llamada.

Audacias de que no hubiera creído ser capaz, me indujeron a volverla a llamar, violentando sus recomendaciones de prudente reserva, pero un presentimiento intempestivo laceró mi sosiego inudádome de sombríos presagios, cuando advertí elusivos subterfugios de la empleada para encubrir a Camila en su insólita renuencia. Pasadas un par de horas, insistí en mi demanda telefónica. Esta vez la empleada, con cautelosos circunloquios desveló que Camila no deseaba hablar y que me explicaba las razones en una nota remitida por el correo central.

Corrí al correo con una ansiedad premonitoria de pesadumbres. Con curiosidad nerviosa y tremulante intranquilidad abrí la carta rotulada a Mateo Amalci.

"Mateo"

Razones inexplicables han decidido el rumbo de mi porvenir. Ya no podremos vernos más. Me caso con mi primo Juan. Deseo lo mejor para ti.

Saludos.

Camila".

El agresivo laconismo de su carta, excedida de ingratitud a los desvelos de mi espíritu y a la transparencia de mi amor, me provocó incontenible arrebató iracundo, languideciente hasta la instancia de una serena conformidad.

Mi ventura se desvaneció con el dolor de un contenido sollozo de desconsuelo y decepción.

Resabios del agrio resentimiento abatieron los recurrentes indicios de mi ternura por Camila, colmándome de una enconada impaciencia que me hizo urdir un peregrino plan. Me fuí al vespertino "Ultima Hora" donde, con mi grupo de amigos, publicábamos el suplemento literario dominical.

En traviesa complicidad con el redactor de asuntos policiales del periódico, ametrallé la máquina Underwood, escribiendo una nota que se publicaría al día siguiente:

"Ayer, aproximadamente a las 17 horas, un extranjero, al parecer italiano, de nombre Juan, recién llegado de Lima, perpetró un homicidio con todas las agravantes del delito de asesinato. Se conjetura que este personaje, citó al señor Mateo Amalci a la habitación No 13 del Sucre Palace Hotel, pretextando la entrega urgente de un paquete postal. Cuando Amalci llegó a la cita, Juan, sin mayores explicaciones, le disparó con arma de fuego un certero tiro al corazón, provocando su muerte instantánea. Se comenta que las causas eran de carácter pasional, relacionadas con alguna mujer cuya identidad se ignora. Se sabe que el agresor se fugó y que, curiosamente, el cadáver de Mateo Amalci fue secuestrado. La policía continúa con las investigaciones".

Con maliciosa picardía, mi amigo redactor tomó el original del artículo comprometiéndose a su publicación.

XXIII

ATRIBULADO POR LA NOTA de Camila, era cierto que no podía encubrir mi resentimiento saturado de desilusión. Pensé que una última carta, sería la lápida que cubriría el infortunio de su aleve apartamiento. Adjuntaría a la carta el recorte de prensa que tenía un valor sobrentendido para ella.

Así lo hice:

La Paz, 20 de diciembre de 1951

Camila:

Tu carta me hirió con la misma agresividad de cuando el azul de tus ojos se clavaba en mi mirada con el desdén de tus primeras emociones.

Está mi espíritu desbordado de abominación por tu premeditada conducta reprochable y desleal. Tu simulado sentimiento de fidelidad, mientras compartías lascivos entendimientos secretamente con tu Juan, afrenta mi ingenua credulidad sostenida por la obstinación de un amor, ennoblecido en la diafanidad de mis sueños febriles.

Comprender justificadamente tus livianos desvaríos sería asumir una trivial resignación, inaceptable a la virtud de mis sentimientos.

En medio del dolor, me siento redimido de la inútil sumisión a tu amor de fermentada sublimidad.

¡Oh... los primos!: Siempre fueron un peligro en sus sutiles avances amorosos. Su ingeniosa sagacidad persuasiva y su constancia convincente acaban por atrapar a la presa.

Que ni el olvido nos una...

YO.

Posdata. Aliviado de mis desdichas, recuerdo el fragmento de un poema mío:

*Ya no atisba la promesa
del fruto en la corola.
Un viejo olor de limo carcomido
la agonía.
Una lágrima que tiembla en su pureza
y lejos
la desteñida historia
de lo que pudo ser amor
y es sólo un sueño.*